LA DIVISORIA

GLENN PARRISH



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

LA DIVISORIA

Título Original: *La Divisoria*

Colección: La Conquista Del Espacio 72
ISBN: 5705547533428
Generado con: QualityEbook v0.72

CAPÍTULO I

La fiesta estaba en su apogeo.

Brillaban las condecoraciones en los rutilantes uniformes y las joyas en los escotes de las damas. Abundaban los trajes de etiqueta, severos y elegantes aun dentro de su modernidad. Los trajes femeninos eran osados y audaces, tanto más cuanto menor era la edad de quien lo llevaba. Los sirvientes-robots iban de un lado para otro sin cesar, portadores de bandejas con copas y pequeños bocadillos.

En uno de los mayores salones de la mansión donde se daba la fiesta, los invitados se agolpaban para escuchar a la famosa cantante Elvira Sbarni. Frol Ndart era uno de los que disfrutaban más con los gorgoritos de la Sbarni, «la voz de oro de la galaxia», según rezaban los carteles publicitarios.

Ndart estaba apoyado en una columna de mármol, de notable grosor, rematada por un enorme jarrón de alabastro. Tenía los ojos fijos en la cantante.

La Sbarni era una hermosa mujer, una deslumbrante morena de piel blanquísima, con la figura de una valquiria. Sus ojos miraban cálidamente y sus labios prometían fuego.

Los labios sonreían a Ndart y los ojos le miraban con insistencia. Ambos, Ndart y la Sbarni, sabían qué había detrás de aquel mudo diálogo.

El público escuchaba a la cantante con religioso silencio. Ndart parecía arrobado.

Un hombre se acercó calladamente a Ndart.

—Ven, Frol —dijo en voz baja.

Ndart volvió un poco la cabeza.

—Jefe… —murmuró.

—Sígueme, Frol —ordenó el otro.

—Pero, jefe, estoy oyendo a la Sbarni…

—No hagas que me impaciente, Frol —gruñó Ramón de Zaya.

Ndart hizo un gesto de resignación.

—Si no hay otro remedio…

Los que estaban más cerca, sisearon, pidiendo silencio. Ndart emitió un bufido de desdén.

Luego dirigió un gesto a la cantante. «Lo siento, el deber me llama», dijo en silencio.

Elvira Sbarni dejó de sonreír, aunque continuó cantando. Ndart siguió a su jefe, hasta un saloncito situado en el otro extremo de la planta baja, desierto en aquel momento.

—Hombre, jefe —se quejó Ndart—, ha venido a interrumpirme en el mejor momento…

—Frol, no me digas que te apasionas por la ópera —contestó De Zaya sarcásticamente—. Tu educación musical no ha pasado del último «chin-chin-ta-chin-pum» de moda.

—La ópera me importa un rábano, en efecto —admitió Ndart sin pestañear—. Pero Elvira Sbarni me gusta un rato largo y estaba hablando con ella.

—¿Telepáticamente?

—No, hombre, por guiños. Yo le decía…

—Lo que le decías a esa gorda no me interesa en absoluto —contestó De Zaya tajantemente—. Escucha, tengo una misión para ti.

Ndart echó a andar hacia la puerta.

—Adiós, jefe —se despidió.

—¡Frol! —rugió De Zaya.

—¿Me echa del S.E.I.? —preguntó Ndart esperanzadamente.

—¡Y un cuerno! Nadie que entra a trabajar para el Servicio Estratégico Interestelar lo abandona, si no es muerto. Tengo una misión para ti y la cumplirás, tanto si te gusta como si no te gusta.

Ndart se volvió hacia el director del S. E. I.

—Conmueve su sentido de la devoción hacia sus pobres agentes —dijo—. Y lo que más gusta de su carácter es que siempre pide voluntarios para una misión; jamás envía a nadie a ninguna parte, si es contra su gusto.

—En este caso, no me queda otro remedio que elegirte a ti, Frol.

—Cualquiera diría que me tiene antipatía, jefe. ¿Y por qué he de ser

yo y no otro?

—Lo sabrás en seguida. —De Zaya metió la mano en el interior de su blanca chaquetilla de gala y sacó un retrato de casi veinte centímetros de lado por doce de anchura—. Contempla esta beldad, Frol.

Los ojos de Ndart se fijaron en la joven retratada.

—¡Psé, no está mal! —dijo—. Me parece conocida —añadió.

—Tienes que conocerla, Frol. Es Janya de Lscoud.

Ndart abrió la boca.

—Janya de…

—La misma. —De Zaya le arrebató el retrato—. Y va a venir aquí dentro de unos momentos.

—Pero, jefe, yo ya había quedado con la Sbarni…

—La Sbarni se puede ir a un baño turco, que buena falta le hace para perder grasas —dijo De Zaya críticamente—. Tú te quedas y hablarás con Janya de Lscoud.

—Pero bueno, ¿de qué, si puede saberse?

—Escucha, ella está de incógnito en la Tierra. Va a regresar a su planeta.

—Buen viaje.

—Lo será si tú la acompañas, Frol.

—Ah, ¿me ha nombrado su *chevalier servant*?

—Algo por el estilo. Escucha, Janya vuelve a Grovnor. Lleva una fórmula en la cabeza. Tienes que grabarla cuando ella te la recite.

Ndart arqueó las cejas.

—¿Y por qué no la recita aquí mismo? —se extrañó.

De Zaya consultó su reloj.

—Está retrasándose —dijo—. Se trata de un problema con Vudnor —añadió.

—Ah, los malditos roces entre Grovnor y Vudnor.

—Así es —confirmó el director del S.E.I.—. Tú sabes bien que Grovnor es un planeta sujeto voluntariamente a nuestro protectorado. Lo hizo para eludir las ambiciones imperialistas de Vudnor…

—Jefe, no hable así —se amoscó Ndart—. Vudnor dice lo mismo de nosotros, los terrestres.

—Son acusaciones infundadas…

—¿Sí? Y, dígame, ¿qué otro planeta se aprovecha íntegramente de los recursos en minerales de alta estrategia de Grovnor, si no es la Tierra? A mí las quejas de Vudnor me parecen completamente

justificadas.

—Mira, Frol, no vayamos a discutir ahora de asuntos de política interestelar. Tú eres un agente del S.E.I. y tu obligación es obedecer las órdenes de tus superiores, yo en el presente caso. Que yo sepa, no eres vudnoriano.

—No se vive tan mal allá —declaró Ndart jovialmente.

De Zaya soltó un bufido.

—Formalidad, Frol —masculló. Volvió a mirar el reloj y se impacientó de nuevo—: ¡Mujeres, mujeres! Terrestres, vudnorianas o grovnorianas, son siempre igual. Nunca puntuales…

—Lo cual les concede un encanto especial —sonrió Ndart—. De modo que Janya tiene que darme una receta.

—Sí, una fórmula que sólo ella conoce, además, naturalmente, de sus autores, y que, tras largas deliberaciones secretas entre los gobiernos de la Tierra y Grovnor, han acordado cedernos a nosotros los derechos de patente sobre construcción, ensayo y utilización industrial de… del aparato.

—¡Je! —dijo Ndart mordazmente—. «Han acordado cedernos…», después de que algún embajador terrestre llegó a Grovnor con una estaca hipernuclear en la mano. No, claro, no somos imperialistas; defendemos la libertad y la democracia… Siga, siga, jefe, esto es interesantísimo.

—Bueno, cuando ella esté aquí, te daré más detalles —continuó De Zaya—: Por el momento, te diré que también estoy esperando a otra persona. En clave se le conoce por la cifra E-19.

—Ah, el bueno de Pete Ordmare.

—Sí, el mismo. Trae detalles complementarios, sin los cuales la misión resultaría altamente dificultada o quizá inutilizada. En resumen, algo así como la orden de actuación.

—Comprendo. De modo que Pete Ordmare.

—Sí, Frol.

—Pero bueno, jefe, ¿es que no había otro agente más que yo a mano? —se quejó Ndart.

De Zaya miró a su interlocutor de la cabeza a los pies.

—Cuando envío a alguien a una misión, procuro cubrir todas las eventualidades posibles —respondió—. Quizá Janya niegue o no pueda, en última instancia, comunicarnos la fórmula. Contigo a su lado, la cosa resultaría más accesible.

—Usted me ha tomado por un donjuán…

—Vamos, vamos, es un papel que te gusta mucho desempeñar —dijo De Zaya riendo—. Y no me negarás que Janya de Lscoud no tiene belleza, elegancia, simpatía… En fin, que será un viaje de placer, créeme, Frol.

La puerta de la sala se abrió en aquel instante. Una hermosa joven, alta, esbelta, de larga cabellera rubia y vestida con un sencillo traje blanco, apareció en el umbral.

—Señor De Zaya —saludó.

El director del S.E.I. hizo una cortés reverencia.

—Señora —saludó—. Tengo el honor de presentarle al agente Frol Ndart, quien será su acompañante durante el próximo viaje de regreso a Grovnor.

Janya dirigió una escrutadora mirada al mencionado. Ndart se limitó a mover ligeramente la cabeza.

—Encantado de conocerla, señora —dijo.

Ella cerró la puerta.

—Es un placer, caballeros —dijo con voz melodiosa—. ¿Han recibido la respuesta que yo les encargué solicitar? —preguntó.

De Zaya volvió a mirar su reloj.

—La estoy aguardando de un momento a otro, señora —respondió. De súbito lanzó una exclamación—: Ah, ahí viene.

Tres pares de ojos se volvieron hacia el ventanal de la sala, que daba a una espaciosa terraza, situada directamente sobre el jardín. Un hombre, vestido con traje de etiqueta de color blanco, avanzó con paso torpe hacia ellos.

—¡Pete! —exclamó Ndart, dando dos pasos hacia el recién llegado. De pronto vio algo que le llenó de alarma—: ¡Eh! ¿Qué te sucede, muchacho?

La cara de Ordmare estaba tan blanca como su chaquetilla. De repente, trastabilló y se vino de cara al suelo.

Janya lanzó un agudo chillido. De Zaya lanzó una imprecación.

Ndart se quedó helado un instante. Luego se arrodilló junto al caído, por el centro de cuya espalda se veía asomar el delgado mango de un cuchillo de extraña factura.

—Un cuchillo vudnoriano —identificó en el acto.

De Zaya tenía la cara gris.

—El pobre Pete ya no podrá transmitimos su mensaje —dijo—. Esto ha sido cosa de Pretton Wirl-77 —añadió, furioso.

Ndart se puso en pie.

—Como quiera que sea —manifestó—, la misión se ha suspendido, por lo menos, en lo que a mí respecta.

—¿Te vas, Frol? —preguntó De Zaya, asombrado.

—Claro, jefe, ¿qué quiere que haga aquí? Usted mismo dijo antes que Pete traía…

—Sé lo que dije, pero se ha cometido un asesinato y tienes que ayudarme.

—Eso es cosa de la Intrapolicía —replicó Ndart desenvueltamente—. Por desgracia, yo no le puedo ayudar en nada, de modo que quedarme aquí no nos hará un bien a nadie.

De Zaya ya no puso más objeciones. Frol dirigió una mirada a Janya, que estaba muy pálida.

—Siento lo ocurrido, señora —se despidió.

Y no mentía, porque había apreciado mucho a Ordmare y le dolía extraordinariamente su muerte.

CAPÍTULO II

Envuelta en lo que parecía medio centenar de metros de transparentes tules negros, Elvira Sbarni llenó dos copas y luego se acercó lentamente al diván donde reposaba su invitado.

—Y dijo que era gorda —murmuró Ndart entre dientes.

—¿Decías algo, cariño? —preguntó la cantante, inclinándose sugestivamente hacia él para tenderle la copa.

—Decía que eres la mujer más hermosa del mundo —sonrió Ndart. Levantó su copa—. Y la de voz más agradable de la galaxia —añadió.

—No hagas de agente publicitario —pidió Elvira, sentándose a su lado—. Si me elogias, que sea con sinceridad.

Ndart vació la copa. Luego se incorporó ligeramente y la atrajo hacia sí.

—Me gusta elogiarte con algo más que palabras —murmuró, mordisqueándola en una oreja.

—Cuidado, no olvides que soy una débil mujer —rio ella, halagada por el ardor del joven.

—Eso es lo que más me gusta de ti, Elvira. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Todas las que quieras, cariño. A ti no te puedo negar yo nada en absoluto. —Le besó apasionadamente y luego le miró al fondo de los ojos—. Gracias a ti he llegado a ser lo que soy actualmente.

—Bah, igual hubieras llegado. Tienes figura, tienes voz…

—Pero no hubiera podido salir de aquella maldita taberna y tú lo sabes bien.

—Eso sí es cierto. Sin embargo, no vas a estar agradeciéndomelo toda la vida, Elvira.

—Te lo agradeceré ahora —murmuró ella cálidamente.

Pasaron unos minutos. Luego, Elvira, con la cabeza apoyada en su pecho, dijo:

—Creí haber oído antes que querías hacerme una pregunta, Frol.

—Sí, es cierto. Ya lo había olvidado. ¿Conoces tú a un tal Kurt Ihrms?

Elvira se incorporó vivamente.

—¡Ihrms! —exclamó—. Sí, lo conozco. ¿Por qué lo preguntas, cariño?

Frol le acarició una mejilla.

—¿Podrías indicarme dónde tiene su guarida ese tipo?

—Normalmente, acude al *Meteor*. Pero de eso hace tres años…

—Si no está allí, no faltará quien me diga dónde encontrarlo —sonrió Ndart.

—Frol, quiero advertirte una cosa y lo haré con sinceridad. Recuerda que yo conozco muy bien esos ambientes.

—Lo sé, preciosa. ¿De qué se trata?

—Cuidado con Ihrms. Es tan peligroso como un escorpión vudnoriano.

Ndart se estremeció.

—¡Brrr!… No me menciones esos bichos. Una vez tuve que enfrentarse con uno de ellos y lo raro es que siga todavía con el pelo negro. ¿Tan peligroso juzgas a Ihrms?

Elvira se puso en pie y le miró de arriba abajo.

—Es de la clase de hombres que le hacen a uno cambiarse de acera cuando le ve venir de frente —dijo.

—Muy bien. —Ndart se levantó también—. Lo tendré en cuenta.

—¿Vas a verle?

—Hoy ya es un poco tarde. Ndart la tomó por los hombros—. Nunca me arrepentiré de haberte sacado de aquel antro.

Elvira se colgó de su cuello.

—Y yo no lo olvidaré jamás —dijo rendidamente.

* * *

Frol Ndart llegó ante la puerta de su departamento y sacó la llave, pero no llegó a insertarla en la cerradura.

Estuvo un momento quieto, contemplando fijamente un punto situado a un centímetro de la jamba. Luego, sin hacer el menor ruido,

corrió a lo largo del pasillo y alcanzó una ventana que daba directamente a la calle.

Al pie de la ventana, en la fachada exterior, había una cornisa. Puso los pies en la misma y se deslizó sigilosamente, pegado a la pared, hasta alcanzar otra ventana, que daba a una de las habitaciones interiores de su piso.

Entró sin hacer ruido. Buscó en una consola y sacó un arma. Luego se asomó cautelosamente a la sala.

Había dos hombres sentados apaciblemente frente a la puerta de espaldas a él. Aunque no podía verles las caras, sus ropajes de color amarillo pálido le indicaron claramente su procedencia planetaria.

Ndart tosió un poco. Luego, mientras los otros se volvían, con enorme sorpresa, dijo:

—Caballeros, esto que tengo en la mano es una pistola neurónica. Entre otras cosas, destruye el sistema nervioso y la víctima muere en menos de un minuto, de una manera nada agradable, desde luego. Y ahora que ya saben lo que les espera si intentan algo hostil contra mí, tengan la bondad de expresar los motivos de su ilegal irrupción en mi domicilio.

Los intrusos se recuperaron pronto. Uno de ellos dijo:

—Me llamo Remmor Tonn-40. Mi compañero es Gwedd Snat-57. Supongo que estamos hablando con el señor Ndart.

—Así me llamo —admitió el aludido—. ¿Puedo saber qué hacen en mi casa?

—Somos unos simples mensajeros. Venimos a hacerle una proposición, señor Ndart —declaró Snat-57.

—Según creo adivinar, ustedes son oriundos de Vudnor. ¿Me equivoco? —preguntó Ndart.

—En absoluto —confirmó Tonn-40—. Sí, somos de Vudnor.

—Bien, ¿qué es lo que quieren?

Tonn-40 se dirigió a su compañero.

—Gwedd, abre la cartera —indicó.

Snat-57 se inclinó hacia una mesita, sobre la cual había una cartera negra. Soltó las presillas y levantó la tapa.

Ndart lanzó un silbido.

—Vaya montón de billetes —comentó.

—Diez millones —dijo fríamente Tonn-40—. Moneda terrestre, pero también de curso legal en cualquier planeta acogido al S.M.I.

—Sistema Monetario Intergaláctico —aclaró Snat-57.

—Conozco las siglas —dijo Ndart secamente—. Pero, ¿qué significa ese dinero?

—Es suyo, señor Ndart —dijo Tonn-40.

—Siempre que se olvide del nombre de una persona —añadió el otro.

—Concretamente, de una mujer.

—¿Hemos de decirle también el nombre?

—Se llama Janya de Lscoud —adivinó Ndart.

—Justamente —confirmó Snat-57.

—Caballeros, ¿han pensado en que, aunque yo cediese a sus proposiciones, hay otras personas que las rechazarían? —contestó el terrestre.

Los visitantes sonrieron.

—En estos momentos, el señor De Zaya está conversando con nuestro jefe —manifestó Tonn-40.

—Dada la categoría del señor De Zaya, la maleta que en estos momentos tiene abierta ante sí, contiene quince millones —agregó el otro vudnoriano con plácido acento.

Hubo un momento de silencio. Luego, Ndart avanzó hacia la mesa y, con la mano izquierda, cerró la valija.

—Por favor, váyanse —ordenó.

Los visitantes dejaron de sonreír.

—No lo puedo creer.

—Nos habían asegurado que no había un terrestre insensible al dinero.

Ndart sonrió.

—Los terrestres tenemos muy mala fama, justificada en muchos casos, efectivamente —admitió—. Pero, como en todas partes, siempre hay excepciones. ¿Se van o los echo?

Tonn-40 cerró las presillas y cargó con la valija.

—Usted se lo pierde —dijo secamente.

—Y puede que pierda aún más que diez millones —agregó el otro, con acento amenazador.

—No hagan de matones de taberna, es un papel que no les va —sonrió Ndart—. Y si quieren un consejo, tengan cuidado conmigo. Pude matarlos impunemente y ustedes ni se habrían enterado siquiera.

Los vudnorianos parecieron muy impresionados por aquellas

palabras.

—Usted nos sorprendió, es cierto —admitió Tonn-40—. ¿Cómo supo que estábamos aquí?

Ndart sacó la llave con la mano izquierda y la hizo saltar en el aire un par de veces.

—Sólo esta llave desconecta el sistema de alarma —explicó—. La suya abrió, pero dejó encendido un piloto rojo muy pequeño bajo el pomo de la puerta.

Snat-57 hizo una inclinación de cabeza.

—Lo tendremos en cuenta —declaró—. Buenas noches, señor Ndart.

El dueño del piso simuló un bostezo.

—Buenos días —puntualizó, a la vez que señalaba hacia la ventana —. Ya amanece.

Cuando se hubo quedado solo, echó el cerrojo de seguridad. Tenía mucho sueño y quería dormir.

CAPÍTULO III

El *Meteor* había cambiado poco en tres años. Sólo había sido renovado el mobiliario, por desgaste natural. La decoración continuaba siendo idéntica, aunque ya se notaba en ella el paso de los años.

Una cantante, que fiaba más en lo exiguo de su indumentaria que en su voz, se desgañitaba en el escenario. Los dedos del pianista corrían frenéticamente por el teclado, intentando perseguirla musicalmente, para aunar sus esfuerzos. Los resultados eran más bien deplorables.

La mente de Ndart volvió a tres años antes, cuando Elvira Sbarni actuaba en aquel mismo escenario. La cantante actual, se dijo, debía de estar sujeta al dueño del *Meteor* en las mismas inhumanas condiciones que Elvira. «Sólo que la de ahora posiblemente se lo merecía», pensó.

El local era enorme. Salvo los que vigilaban el orden por cuenta del dueño, el resto del personal era femenino.

Se acercó al mostrador. Había un hombre enorme, bigotudo, vigilando la marcha del negocio. Los ojos de Quentin Hays centellearon al reconocer a su cliente.

—¿Puedo decirle que su visita me causa dolor de estómago, Ndart? —dijo Hays.

El joven no se inmutó.

—A mí, la vista de su bigote me encallece el nervio óptico —contestó—. Sé que me quiere mal. ¿Por qué no me envenena con el mejunje favorito de la casa?

Hays hizo un gesto con la mano. Una pechugona *barmaid* puso delante de Ndart una copa llena de un líquido rojo.

—Sangre de serpiente cascabel, con unas gotas de cicuta —aclaró dulcemente el dueño.

—Una combinación inapreciable. —Ndart levantó su copa—. A la

salud de Elvira Sbarni.

—No me la recuerde. Me pongo malo cada vez que pienso en aquel día…

—Quentin, no sea cínico. Sólo le faltaba tenerla sujeta por una cadena atada a los tobillos.

—Me arruinó el mejor negocio de mi vida.

—Elvira se merecía algo más que esta infecta cuadra y usted lo sabe bien.

—Pero existía un contrato, Ndart.

El joven tomó un trago.

—Según mis noticias, años después, Elvira le indemnizó generosamente —dijo—. ¿Por qué se queja, apestoso saco de sebo?

—Ahora estaría ganando…

—Elvira está ahora más hermosa que nunca. De haber seguido aquí, aparentaría veinte años más y posiblemente habría terminado alcoholizada o degollada por algún borracho. Y como ya nos hemos insultado mutuamente, hablemos de otra cosa, Quentin.

—Es verdad. Debí figurármelo desde el principio. Usted no ha venido aquí para beber mis mejunjes.

—Cuando salga de su taberna, me iré al especialista del estómago. Quentin, ¿dónde para Kurt Ihrms ahora?

Hays parpadeó de asombro.

—¿Para qué quiere ver a Ihrms? —preguntó.

—Si Ihrms quiere, ya se lo dirá a usted después. De momento, dígame si puedo verlo aquí.

—No sé si querrá…

—¿Cuál es su reservado? Ihrms tiene uno siempre a su disposición.

—El número once. Pero le daré un consejo, Ndart.

—Siempre acepto los consejos. Ahora, seguirlos después… —rio el joven.

—No le haga muchas cosquillas a Ihrms. Se enfada fácilmente. Y sus gorilas también.

—Ah, tiene gorilas.

—Dos. Tchkuo y Schaffer. El primero es manchuriano…

—Yo, no —contestó Ndart redondamente.

* * *

Los reservados estaban en el piso superior, a lo largo de un enorme pasillo, flanqueado por una doble hilera de puertas. Ndart buscó el número once y llamó.

Un sujeto gigantesco, de cráneo afeitado, salvo en la nuca, donde tenía un corto mechón de pelos, abrió a poco.

—El señor Ihrms está ocupado —dijo Tchkuo, el manchuriano.

—¿En planear su próximo asesinato? —sonrió Ndart—. Anda, pequeñín, apártate a un lado y déjame pasar.

La manaza del gigante se acercó al cuello de Ndart, quien no se inmutó siquiera. Llevó su mano al cinturón y algo parecido a una maza golpeó con tremenda violencia el pecho de su oponente.

Tchkuo fue arrancado un palmo del suelo y cayó hacia atrás, sin sentido. Ndart cerró la puerta y, tomando como pavimento el cuerpo del manchuriano, avanzó hacia los dos hombres que estaban detrás de una mesa bien provista de vituallas sólidas y líquidas.

Sobre la mesa había un papel, que a Ndart le pareció un plano. Ihrms se puso en pie, con ojos centelleantes de cólera.

—Tchkuo le dijo que yo no estaba visible para nadie —gritó—. ¿Quién diablos se ha creído que es?

—Usted no me conoce, Ihrms.

—Tengo esa suerte.

—Me llamo Frol Ndart. Quizá mi nombre no le diga nada, pero sí el de Pete Ordmare.

Ihrms frunció el ceño. Schaffer, a su lado, también alto y hercúleo, esperaba como un perro de presa, dispuesto a saltar sobre la garganta del joven, a la menor señal de su amo.

—Nunca he oído hablar de Ordmare —contestó Ihrms, después de un silencio.

—Está mintiendo, Kurt. Sé que usted lo asesinó. O hizo que lo asesinaran. Ahora bien, usted no hace cosas así sólo por capricho. Alguien le pagó. Dígamelo y tal vez le perdone la vida.

Ihrms se echó a reír, a la vez que se volvía hacia su acólito.

—¿Has oído? Dice que me va a perdonar la vida —exclamó.

—Muy gracioso —comentó Schaffer, en cuyo rostro de piedra no se había visto la menor alteración—. ¿Me deja darle una respuesta apropiada al insulto?

Ihrms miró de soslayo al joven. Luego movió la cabeza.

—Anda con él —accedió.

Schaffer se puso en pie. De repente, algo centelleó en su mano.

Ndart contempló el arma con interés. Era un cuchillo muy largo, de hoja estrecha y ligeramente ondulada. En el centro, siguiendo las ondulaciones, tenía por ambos lados sendas crestas de dientes de medio centímetro de altura, semejantes a una sierra. El mango era largo, estrecho y cilíndrico.

—Un cuchillo así mató a mi amigo Ordmare —dijo Ndart calmosamente.

—Yo no voy a matarle —manifestó Schaffer—. Sólo quiero darle una pequeña lección.

Adelantó otro paso más. Ndart fintó y Schaffer saltó lateralmente, esquivando el impacto de la descarga de choque.

Pero Ndart no había presionado el botón de descarga. Cuando los pies de Schaffer tocaron el suelo, él disparó el mecanismo.

Schaffer se levantó dos palmos en el aire, voló hacia la pared y se estrelló contra ella ruidosamente. Cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Ihrms se precipitó hacia la mesa. Hurgó debajo de la misma y sacó una pistola neurónica, pero Ndart agarró el mueble y lo volcó aparatosamente sobre el sujeto.

Se oyó un chillido. Ihrms quedó atrapado por la mesa, cuyo borde quedaba sobre su pecho. Ndart apoyó ambas manos sobre el lado opuesto y presionó hacia abajo.

—¿Quién le pagó por matar a Ordmare? —preguntó.

Los ojos de Ihrms voltearon agónicamente sobre las órbitas.

—Suélteme —jadeó—. Se lo diré…

—¡Ahora! —pidió Ndart con tono duro.

—Fue…

Un ruido extraño sonó a sus espaldas. Veloz como el pensamiento, Ndart saltó a un lado, a la vez que giraba sobre sí mismo.

Lanzó una maldición, pensando en que no había calculado bien la resistencia del manchuriano, que se había despertado antes de lo calculado. Pero Tchkuo se desplomaba en aquel momento hacia adelante, sin soltar el cuchillo vudnoriano que había empuñado sigilosamente.

La cara del gigante era una máscara de agonía. Cayó de bruces y el cuchillo se clavó en el suelo a través de la cintura de Ihrms.

Se oyó un alarido espantoso. Ihrms pataleó un poco y luego se quedó quieto.

Frol se sentía atónito. Su asombro, sin embargo, no procedía de la muerte de Ihrms, sino de la presencia de una hermosa mujer en el reservado.

—¡Janya de Lscoud! —exclamó.

—Yo misma —confirmó la joven tranquilamente.

* * *

Hubo una corta pausa de silencio. Ndart contempló la pequeña pistola que ella empuñaba todavía con mano firme.

—Parece que he llegado a tiempo —dijo Janya sin perder la calma.

Ndart respiró profundamente.

—No lo sabe bien, señora. ¿Qué clase de pistola lleva usted? —preguntó, intrigado.

Janya guardó el arma en el bolso que pendía de su hombro izquierdo. Ahora vestía con más sencillez aún que en la fiesta; su indumentaria consistía en traje de una sola pieza, de color gris oscuro cerrado de cuello y mangas. El pelo estaba recogido en un alto moño, sujeto con varias vueltas de cinta negra, que le conferían el vago aspecto de un peinado griego.

—Dispara proyectiles electrocutantes —contestó con indiferencia.

—*Made in Grovnor* —dijo Ndart.

—Así es. ¿Consiguió algo, señor Ndart?

—¿Acerca de qué señora?

—No se haga el desentendido. Usted está aquí por las mismas razones que yo: la muerte de Pete Ordmare.

Ndart frunció el ceño.

—¿Quién le ha dicho que Ihrms tuviera relación con ese asesinato? —preguntó.

—Usted se arrodilló junto a Ordmare. No estaba muerto todavía, aunque falleció a los pocos segundos. Sin embargo, tuvo tiempo de pronunciar el nombre de Ihrms.

—Es cierto, si bien yo tenía la cara casi pegada a la suya y pude oírlo claramente.

Janya llevó la mano a la oreja izquierda y sacó de su interior un delgado tubito, terminado en una pequeña protuberancia de forma lenticular.

—Un amplificador de sonidos —explicó.

—Entiendo —contestó Ndart—. Pero Ihrms ha muerto.

Janya señaló a Schaffer.

—¿Y ése? —sugirió.

—Le interrogaré, aunque dudo mucho de que pueda decimos algo.

—¿Por qué?

—Imagino que, respecto a Ordmare, Ihrms debía de saber cosas que no dijo siquiera a sus más fieles secuaces —contestó Ndart.

Se acercó a Ihrms por el otro lado de la mesa, recogió el plano, lo dobló y se lo guardó en uno de los bolsillos.

Janya le miraba con curiosidad.

—¿De dónde es ese plano? —preguntó.

—No lo sé. Ya me lo dirán en el departamento de Cartografía del S.E.I.

—Inteligente respuesta. ¿Quiere que le diga yo ahora una cosa, señor Ndart?

—Dado su rango, no me queda otro remedio que escucharla, señora.

Janya sonrió ligeramente.

—Temo que deberá acompañarme en mi viaje de vuelta a Grovnor —manifestó.

Ndart hizo un gesto de extrañeza.

—¿Por qué? —preguntó.

—Resulta claro —contestó Janya—. Pete Ordmare venía a traerme un mensaje, del cual dependía mi viaje. Puesto que lo asesinaron, resulta obvio que no querían que me comunicase el mensaje. Lo cual, a su vez, significa que el mensaje era positivo.

—Tiene usted una lógica arrebatadora —comentó Ndart, pasmado —. Ahora bien, que usted deba hacer ese viaje, no significa que yo tenga necesariamente que acompañarla.

Ella puso cara de lástima.

—¿No? ¿No vendrá conmigo? ¡Qué pena! Y yo que me había hecho tantas ilusiones de pasarlo bien durante el viaje —se lamentó.

CAPÍTULO IV

La indumentaria de Elvira Sbarni consistía en tres minúsculos pedacitos de tela blanca, pomposamente llamados traje de baño. Resplandeciente como una diosa, los largos cabellos negros alcanzando hasta la cintura, Elvira tomó impulso y se lanzó de cabeza, sumergiéndose en las transparentes aguas del lago.

Reclinado indolentemente en uno de los cojines de la embarcación, Frol Ndart contemplaba las evoluciones de la cantante. Al cabo de unos minutos, Elvira nadó hacia la lancha, parada casi en el centro del lago, y se izó ágilmente a bordo.

—Todavía me mantengo en forma —dijo alegremente.

—Las aguas están un poco frías —alegó Ndart—. ¿No afectará en algo tu voz?

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—¿Y qué importa? Con no cantar un par de noches, asunto concluido —respondió—. Mi médico personal dice que no me conviene la agitación ni las emociones fuertes. Y estando a tu lado, ya me dirás cuándo una se puede sentir tranquila —rio maliciosamente.

La embarcación disponía de una especie de plataforma, cubierta de tejido esponjoso. Elvira se tendió en la plataforma, bajo el sol, y cerró los ojos.

—Esto es maravilloso —suspiró, satisfecha—. Y pensar que si no hubiera sido por ti, aún estaría en el *Meteor*. O tal vez en algún lugar mucho menos recomendable.

—Olvídalo ya, nena —contestó Ndart. También estaba en traje de baño—. ¿Quieres un trago?

—Bueno —aceptó ella.

Había una pequeña nevera en la embarcación y Ndart preparó dos

refrescos. Atravesó la nave y se sentó en el borde de la plataforma, junto a Elvira.

—Antes has mencionado el *Meteor* —dijo, tras los primeros tragos—. Anoche estuve allí, Elvira.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Qué te dijo el viejo buitre de Hays? —preguntó.

—Nos insultamos mutuamente durante unos momentos. Luego se portó más amable.

—¿Te dijo algo de Ihrms?

—Sí. Lo encontré, en su reservado permanente, con dos de sus gorilas. Hubo un poco de bronca, ¿sabes?

—Ese Ihrms es un mal bicho. ¿No te hizo nada?

—Trató de hacerlo. Ahora está en la Morgue, con otro de sus secuaces.

Elvira se incorporó sobre un codo.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—Nena, éste es un asunto muy serio. Ya sabes que Pete Ordmare murió asesinado con un cuchillo vudnoriaro.

—Un arma espantosa —calificó Elvira—. ¿Fue Ihrms?

—Lo negó, aunque estoy seguro de que el hombre que acuchilló a Ordmare lo hizo por orden suya. Naturalmente, no fue ninguno de los dos esbirros de confianza.

—Un asesino pagado.

—Eso creo, pero no me interesa tanto el asesino como el que hizo el encargo a Ihrms.

—¿Y no te lo dijo?

—No. Por eso te he invitado a pasear en barca por el lago.

Elvira hizo un gesto de decepción.

—Hombre, yo creía que me habías invitado por mi linda cara —le reprochó.

—Y por tu cuerpo de Venus y por el placer de verte sonreír y oírte hablar —dijo Ndart, inclinándose hacia ella—. Pero también se pueden incluir otros motivos.

Elvira le puso los brazos en torno al cuello.

—Hay dos posibilidades —dijo—. Una se llama Rhea Thuvius.

—¿Quién es Rhea Thuvius?

—La llaman *La Mujer Araña*. Añadir «venenosa» es alargar demasiado el calificativo.

—Comprendo. Lo tendré en cuenta. ¿Y la segunda posibilidad?

—Dee Harghan. También vive de matar.

Los ojos de Ndart contemplaron con admiración el rostro de la cantante, situado a escasos centímetros del suyo.

—Estás enterada de muchas cosas —dijo.

—En el *Meteor* se oye de todo. Lo que sucede es que hay que tener los ojos abiertos y la boca cerrada. Salvo cuando se canta, naturalmente.

—Eso es cierto. ¿Quién podrá decirme dónde viven esos dos?

—Vuelve a Hays. Yo ya no sé más. —Le atrajo hacia sí y le besó con fuerza—. Pero ten mucho cuidado; no me gustaría que te pasara nada.

Ndart sonrió.

—Sólo por ti, procuraré que no me suceda nada —contestó. Y se acercó a ella de nuevo, pero, en el mismo momento, se oyó un suave *ding-dong* en el otro extremo de la canoa.

—¿Qué es eso? —preguntó Elvira, extrañada.

—Mi jefe me dio permiso para venir hoy al lago, aunque con la condición de dejar la radio conectada para una posible llamada. Dijo que no se me molestaría, pero es un mentiroso —contestó Ndart de mal talante.

* * *

Ndart se sentó en uno de los bancos y presionó una tecla en el aparato de radio.

—Adelante, mal jefe —dijo—. Ha llamado en el momento menos oportuno.

—Lo siento, pero no tenía otro remedio. Tienes que venir a la Central.

—¿Ahora mismo?

—Hombre, te doy de tiempo hasta mañana. Pero me pareció que debías saberlo.

—¿De qué se trata?

—El plano que tenía Ihrms. No logramos identificarlo.

—¡Vaya con la sección de cartografía! —dijo Ndart burlonamente—. ¿No saben a qué ciudad pertenece?

—Pues no, aunque te parezca extraño. Recuerda que no tiene el menor rótulo o indicación de la ciudad a que pertenece. Pero tienes que aprendértelo de memoria, mediante el procedimiento habitual.

—Sí, ya sé, grabación en el subconsciente. Luego, de pronto, veo un plano igual y, ¡paf!, ahí está el osado agente secreto Frol Ndart desvelando el enigma.

—Justamente, Frol.

—Oiga, jefe, ¿y por qué no se va a ver directamente a los de Vudnor? ¿Es que no le dice nada el hecho de que hayan intentado sobornarnos?

—Me dice mucho, pero no puedo decir nada. Su jefe es Pretton Wirl-77 y es un personaje de alto rango, protegido por la inmunidad diplomática.

—¿Me deja que vaya yo a verle?

—No —rechazó De Zaya tajantemente—. Y recuerda, mañana a las nueve te quiero en la sección de grabación.

—Seré puntual, jefe —contestó Ndart.

Presionó la tecla de cierre y ya se disponía a regresar junto a la cantante, cuando, de pronto, le pareció observar una ligera alteración en la lisa superficie de las aguas.

Estuvo quieto un instante; luego, tranquilamente, se inclinó y tomó algo de una bolsa que había llevado consigo para la excursión. Acto seguido se acercó a la plataforma.

Elvira se irguió para abrazarle. Frol Ndart se sentó a su lado.

—Cariño —dijo ella ardientemente, frotando su mejilla contra la del hombre.

—Sigue así —contestó él a media voz—. Continúa abrazándome y no hagas otros gestos. Nos están observando.

Ndart notó el súbito estremecimiento del cuerpo femenino.

—¿Qué?…

—Calla, sigue mordiéndome en la oreja. Está allí, a unos cien pasos, observándonos a través de un pequeño periscopio. Sin duda lleva equipo individual de inmersión.

—¿Quiere hacernos algo? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Si sólo quisiera contemplar nuestras efusiones, le bastaría un buen anteojo desde la orilla —contestó Ndart—. Quieta ahora un instante, cariño.

Los dedos de Ndart maniobraron unos segundos en el objeto que había sacado de su bolsa. Era una especie de cilindro, terminado en ojiva y de unos diez centímetros de largo por seis de grueso.

La mano del agente se deslizó hasta el borde del agua, por el otro

costado de la embarcación. El cilindro se sumergió en el líquido.

—Mantén la calma, cariño —aconsejó él a media voz.

Pasaron algunos segundos. De repente, ocurrió algo extraño.

Una enorme columna de espuma subió a gran altura, con atronador estruendo. Aterrada, Elvira se abrazó a Ndart con más fuerza.

—¡Frol! —gritó.

—No temas —dijo él—. Todo ha pasado ya.

Se separó de la cantante y fue hacia la popa. Puso el motor en marcha y la canoa se acercó al lugar donde se había producido la explosión, rebasándolo una veintena de metros.

Un cuerpo humano flotaba en el agua, dando vueltas; sobre sí mismo. La sangre brotaba de su boca y también por la nariz y los oídos.

Elvira lanzó un grito de terror.

—¡Lo has matado, Frol! —dijo.

—Es cierto —admitió él sin pestañear—. Pero ese asesino nos había disparado un torpedo. De no haberlo advertido yo a tiempo, habríamos saltado por los aires hechos pedazos.

Ella tenía la cara blanca.

—Pero, ¿por qué? —exclamó.

—Cualquiera diría que Ihrms sigue dando órdenes después de muerto —contestó Ndart—. Cuando vi que ese tipo nos espiaba a través de su periscopio, me di cuenta de que no lo hacía sólo por disfrutar de las vistas. Por eso lancé una bomba interceptora, que no habría explotado si él, a su vez, no hubiese disparado su torpedo. La explosión de éste es lo que le reventó.

—Frol, después de lo que ha pasado, me extraña que no tengas canas.

Ndart se echó a reír.

—Sí, el maldito oficio es como para tener el pelo blanco —concordó —. Pero si no hubiera sido por él, no te habría conocido a ti y…

La mirada de Elvira recayó durante un segundo, por una morbosa atracción, en el rostro del muerto.

—¡Frol, es Dee Harghan! —exclamó.

Ndart frunció el ceño. Luego se encogió de hombros.

—Bueno, ya sólo queda una posibilidad —dijo.

—Rhea, *La Araña Venenosa*.

—Sí, la misma.

—Ten cuidado, Frol. En el *Meteor* oí decir que usa armas muy

extrañas, horribles, contra las cuales, creo, no hay defensa posible.

Ndart puso el motor nuevamente en marcha. La embarcación se dirigió hacia la orilla.

—Iré prevenido —contestó llanamente.

* * *

Reclinado cómodamente en un mullido sillón, Ndart contempló el hermoso rostro que aparecía en la pantalla del videófono.

—Me dieron su mensaje, señor Ndart —dijo Janya de Lscoud—. Siento no haberle llamado antes, pero estuve fuera.

—No importa, señora; un agente del S.E.I. debe saber usar siempre su arma principal: la paciencia —contestó Ndart, sonriendo.

—Me lo imagino. Y bien, ¿qué es lo que desea de mí?

—Solamente saber si ha adquirido más información, señora.

—¿Por qué había de tener más información?

—Consiguió llegar hasta Kurt Ihrms.

—Eso es cierto, pero hoy no he hecho nada de lo que usted supone. Simplemente, fui de compras.

—Sí, la Tierra, en este aspecto, tiene una bien ganada fama entre las mujeres de otros planetas.

—Y, claro, yo no podía ser la excepción a la regla. ¿Ha averiguado usted algo?

Ndart suspiró.

—Una cosa, señora —respondió—. Tendré que ir con usted.

—Noticia fresca —comentó ella mordazmente—. Lo sabía desde el principio.

—El oficio, a veces, juega esas malas pasadas, señora.

—Sí, sobre todo, si se piensa que este viaje va a cortar su tórrido romance con Elvira Sbarni. No comprendo cómo una cantante tan famosa pudo fijarse en un simple agente del S.E.I. —dijo ella despreciativamente.

Ndart se encrespó primero, pero luego se echó a reír.

—Algún día le contaré por qué esa joya del arte lírico se fijó en un tipo despreciable como yo —repuso—. Por lo menos, tiene una virtud: es sincera.

—Y, además, gorda. ¿Eso era todo lo que quería decirme, señor Ndart?

—Falta una cosa, señora. ¿Por qué no hace una visita a un tipo vudnoriano llamado Pretton Wirl-77?

—¿Por qué he de visitarle? —se extrañó ella.

—Es un enviado especial y plenipotenciario de Vudnor. Imagino que su viaje a la Tierra tiene mucho que ver con usted, así que procure sonsacarle todo lo que pueda. Nos será muy útil a los dos.

Janya vaciló un instante. Luego hizo un signo de asentimiento.

—Conforme —accedió—. Iré a verle.

CAPÍTULO V

Era una mujer muy alta, de unos treinta años, delgada, pero con las curvas suficientes para no calificarla de esquelética. Tenía la piel tostada, color canela, y el pelo extrañamente pajizo. Sus ojos quedaban ocultos por unas descomunales gafas de color, con montura de platino y diamantes.

«Gana dinero la tía», pensó Ndart.

Rhea Thuvius estaba sentada en un taburete, frente al mostrador del lujoso bar. Un camarero le puso una taza de café delante, en el momento en que Ndart se sentaba a su lado.

—¿Señor? —dijo el camarero-robot.

—Café.

—Al momento, señor.

Rhea agitaba la cucharilla en su taza, sin prestar atención al joven. Ndart encendió un cigarrillo.

Ordinariamente, era un gesto que provocaba muchas miradas de extrañeza. Ndart era de las pocas personas que aún fumaban.

Sin embargo, Rhea no le concedió la menor atención. El camarero-robot trajo la taza de café.

De repente, se produjo un tumulto en la calle. Dos sujetos empezaron a golpearse, a la vez que se insultaban atrozmente.

Rhea volvió la cabeza un segundo. Fue suficiente para que la veloz mano de Ndart dejase caer una píldora en su taza de café.

Un helimóvil de patrulla acudió en el acto. Los contendientes suspendieron la pelea y echaron a correr, a fin de no tener que enfrentarse con los policías.

Ndart sonrió mientras tomaba su café. Los supuestos bronquistas eran hombres del S.E.I.

Rhea terminó su café. Entonces, Ndart derribó su bolso al suelo.

—Le ruego me dispense, señora —dijo sonriendo, mientras se agachaba para recogerlo—. Soy un torpe…

Rhea le miró sonriente.

—No tiene importancia —contestó.

—Para usted, tal vez no. Para mí, sí, señora.

Ella arqueó las cejas.

—No le entiendo —dijo.

—Así he tenido ocasión de hablar con usted, señora. ¿O debo llamarla señorita?

—¿Cree que el tratamiento tiene importancia?

—Ninguna. Yo me llamo Johnny.

—Encantada. Soy Rhea Thuvius.

—Un nombre muy bonito, Rhea. ¿Puedo pedirle un favor?

Rhea hizo aletear sus espesas pestañas.

—Si está en mi mano…

—El favor consiste en que me acepte una copa —dijo él.

—¿Dónde, Johnny?

—Soy magnánimo. Le dejo elegir el lugar. Su casa o la mía.

Una débil sonrisa apareció en los carnosos labios de la mujer.

—Mi casa —propuso—. Está muy cerca.

—No se hable más —aceptó Ndart.

* * *

Cuando salieron del ascensor ya se tuteaban.

—Aún no sé si eres soltera, casada, viuda o divorciada —dijo Ndart, mientras ella sacaba la llave de su bolso.

—Soy mujer, Johnny. ¿No tienes bastante con eso? —contestó Rhea maliciosamente.

—Tienes razón. Es lo único que importa.

Entraron en el departamento de Rhea, decorado con indudable lujo. «Sabe gastarse el dinero que cobra por matar», pensó Ndart.

—Ahí tienes el bar —indicó Rhea—. Prepara dos copas; voy a cambiarme de ropa.

—Con mucha gusto.

El departamento estaba dividido en dos planos. Rhea subió una escalera de siete u ocho peldaños y desapareció por una puerta situada

al fondo.

—Creo que he dado con la solución —murmuró él, satisfecho, mientras destapaba una botella.

Minutos más tarde apareció Rhea. Se había soltado el pelo y vestía una especie de bata de tejido blanco, muy transparente.

Se acercó a su huésped.

—Espero que te guste —dijo él, tendiéndole la copa.

—No lo dudo, Johnny —repuso la mujer, con voz acariciadora.

Tomaron unos sorbos. Luego, Rhea se sentó en un diván.

—Ven, Johnny.

Ndart se sentó a su lado.

—No sé qué me pasa —dijo Rhea—. Me siento extrañamente atraída hacia ti…

—Es lógico —sonrió Ndart.

—¿Por qué dices que es lógico?

—Soy un hombre y tú una mujer. La atracción, además de recíproca, resulta inevitable.

Ella no contestó. Le miraba fijamente, con los labios entreabiertos, en una tentadora invitación, que Ndart no desaprovechó.

Pasados algunos minutos, Rhea se levantó y, mientras se ahuecaba el pelo, dijo:

—Es una lástima.

—¿Una lástima? ¿Por qué, Rhea?

—Porque tengo que matarte, Frol Ndart.

Hubo un momento de silencio. Luego, Ndart se echó a reír.

—No sé qué estás diciendo. Mi nombre es…

—Frol Ndart —cortó Rhea—. Y la píldora que me has echado en el café no ha surtido efecto alguno en mi organismo. Estoy acondicionada contra narcóticos. ¿Lo sabías, Frol?

Ndart se dijo que ya no valía la pena seguir con la comedia.

—Es una lástima, Rhea —dijo—. La droga no actúa al modo clásico, provocando una obediencia absoluta en quien la toma, sino que más bien le sugiere aceptar ciertas indicaciones, eso sí, hechas con un mínimo de arte.

—Tenéis buenos elementos en el S.E.I. Yo hubiera podido ser uno de ellos, Frol.

—Allí no se admiten asesinos profesionales.

—¡Cobráis por matar, lo mismo que yo! —protestó Rhea

salvajemente.

—Matiza, por favor. Nosotros sólo matamos en defensa propia. Mientras nos es posible, los delincuentes son arrestados y entregados a la justicia. En cambio, tú has aceptado dinero por quitarme de en medio. No te importa quién sea yo; sólo te interesa el dinero que vas a cobrar.

—Puede que tengas razón —contestó ella con acento de indiferencia.

—Rhea, ¿cómo te diste cuenta de que ponía la píldora en la taza de café? —quiso saber Ndart.

Ella estaba jugueteando con la bola de oro que era el remate de un desnudo femenino, situado sobre una columna de alabastro.

—Cuando se produjo el tumulto, volví la cabeza, pero, en realidad, te vigilaba de reojo a través del espejo que hay detrás del mostrador —explicó—. Tú, naturalmente debías tener la vista fija en mi taza, a fin de no lanzar la píldora fuera.

—Entiendo. Eso significa que ya me conocías.

—Justamente.

—¿Por movifoto?

—Sí, Frol.

—Si te pregunto quién te dio mi movifoto, sabré quién te pagó por matarme.

—Lo sabrás en seguida —respondió ella. De pronto, agarró la bola y se la tiró a las manos—. ¡Ahí va eso!

Era un ardid psicológico. Lo lógico hubiera sido que Frol hubiese puesto las manos para recoger el remate de la estatua, pero, en lugar de ello, saltó a un lado.

La bola se hizo de repente una especie de erizo con infinidad de puntas aguzadísimas, de casi diez centímetros cada una. Al caer, varias de ellas se clavaron en el diván y la bola quedó quieta en el acto.

—Eres listo —calificó Rhea—. Creí que caerías en la trampa.

—¿Están envenenadas las púas?

—Sí. Pero todavía tengo más medios, Frol.

Rhea alargó el brazo derecho. Un finísimo cable de acero, rematado en una bola de irnos tres centímetros de diámetro, silbó agudamente en dirección al cuello del joven.

Ndart levantó la mano. Se oyó un chasquido y el cable se partió inofensivamente. La bola siguió su trayectoria y rompió un valioso jarrón con gran estrépito.

—Me siento admirada —dijo Rhea—. Pero todavía no he acabado.

Agarró la cabeza de la estatua y tiró de ella, poniéndola horizontal. Un sonoro chorro de fuego brotó de la cabeza.

El alud de proyectiles chocó con un obstáculo invisible.

—Polarización sólida de la atmósfera —sonrió Ndart.

—Blindaje personal, ¿eh?

—Sí.

—Conozco el truco. Sólo sirve para una vez. Pero ahora ya no podrás.

Súbitamente, Rhea se arrojó contra él, blandiendo un cuchillo vudnoriano.

Frol la aguardó a pie firme. Levantó la mano y agarró la muñeca de la mujer, retorciéndola en el acto con un golpe seco.

El cuchillo quedó vuelto hacia Rhea. La hoja penetró fácilmente en el pecho femenino.

Ella dio unos traspiés, agarrada con ambas manos al mango del cuchillo. Sus ojos volteaban agónicamente.

—Maldito… —jadeó, mientras se desplomaba al suelo.

Ndart se arrodilló a su lado.

—Rhea, ¿quién te pagó?

Los labios de la agonizante se entreabrieron para emitir un sonido extraño, más bien un ronquido. Ndart creyó entender el principio de una palabra, pero no hubiera podido asegurarlo.

Una horrible convulsión sacudió el cuerpo de la asesina profesional. Luego sus ojos se quedaron fijos en el techo.

Ndart se puso en pie.

—No ha dicho nada…, pero era un peligroso enemigo —murmuró, sumamente aliviado.

* * *

Elvira Sbarni puso la bandeja sobre la mesita y luego llenó las tazas.

—Pudiste escapar, ¿eh? —sonrió.

—No resultó fácil, créeme —contestó Ndart.

—Rhea era muy dura. Estaba muy bien entrenada para matar.

Ndart estaba removiendo el azúcar con la cucharilla. Al oír aquellas palabras, se quedó inmóvil.

—¿Qué has dicho, Elvira? —preguntó.

Ella se sentó a su lado, con la taza en las manos.

—He dicho que estaba muy bien entrenada para matar —contestó.

—Entrenada para… —Ndart entornó los ojos—. Se me está ocurriendo una idea.

—¿Sí? —dijo Elvira.

—Hay una escuela de entrenamiento para asesinos profesionales.

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—En el *Meteor* se aprenden muchas cosas —sonrió la cantante.

—Pero, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Bien, me pareció que podía ser obra de Hargha o de Rhea. Sé que figuraban entre los alumnos más aventajados de esa escuela.

—Estabas muy bien informada, Elvira.

—Ya te he dicho que allí imitaba en un todo a los tres monos, ya sabes, el que se tapa los ojos, el que abre los oídos y el que tiene cerrada la boca. Más de una no lo hizo así y acabó mal. Dentro de lo que cabía, ganaba bastante dinero, pero también pasé mucho miedo, créeme.

—Desde luego. ¿Dónde está la escuela?

—Ah, mis conocimientos no llegan a tanto. Créeme, te lo diría si lo supiera —respondió Elvira.

—¿Hays?

—Yo diría que sí. Pero se lo tienes que preguntar a él.

Un leve tañido sonó de pronto.

—¿Qué es eso? —preguntó Elvira, extrañada.

Ndart torció el gesto.

—Mi jefe —contestó—. Mi jefe, que tiene la desagradable costumbre de llamarme en el momento menos oportuno.

Sacó el transmisor del bolsillo y se lo acercó a sus labios.

—Ndart —dijo escuetamente.

—Soy De Zaya. Venga, Frol —ordenó el director del S.E.I. con no menor laconismo.

CAPÍTULO VI

Había dos personas en el despacho de De Zaya, además del mencionado. Una de ellas era Janya de Lscoud.

La otra persona era un hombre de buena estatura y apariencia corriente. Tenía unos cuarenta años y sus sienes clareaban ya.

—Vven Arrhus, segundo jefe de la representación diplomática de Grovnor —presentó De Zaya.

Los dos hombres intercambiaron sendas inclinaciones de cabeza. De Zaya indicó un sillón a Ndart.

—Siéntese. Es hora ya de que le pongamos al corriente de la misión —dijo, con acento oficial.

—Sí, señor.

Ndart estaba resignado.

—Tiene que acompañar a Janya de Lscoud —siguió De Zaya—. El señor Arrhus está presente sólo en su calidad de diplomático. La embajada y, naturalmente, el gobierno de Grovnor, quieren cerciorarse de que se inicia la misión.

—Muy bien, señor.

—La señora Lscoud le entregará usted un sobre cerrado y lacrado, una vez estén a bordo de la astronave. Abrirá el sobre cuando se hallen a seis años y medio luz de la Tierra. En él recibirá las últimas instrucciones.

—Entendido, señor.

—Partirán pasado mañana. Entre los objetos que llevarán en la nave, a bordo de la cual, naturalmente, viajarán los dos solos, figura una grabadora con suplemento de radio subespacial. Al llegar a determinado punto, el subconsciente de la señora Lscoud será liberado automáticamente de su inhibición y dictará a la máquina, la cual

retransmitirá simultáneamente la grabación a la Tierra, a un registro que estará conectado permanentemente.

—Muy bien, señor.

—Una vez realizada la operación, usted deberá acompañar a la señora Lscoud hasta Grovnor. Después quedará en libertad de hacer lo que guste… durante un año.

Ndart sonrió.

—Eso es el cebo para que acepte la misión —dijo.

—No —contestó De Zaya rotundamente—. Es el premio por llevarla a cabo satisfactoriamente.

—¿Y si fracaso?

—Entonces, será mejor que no vuelva a la Tierra.

—No me pone usted las cosas fáciles, jefe —se lamentó Ndart.

—Le he encargado de la misión, porque sé que es el más indicado para ello. Sí, en última instancia, cosa no probable, aunque sí posible, fallase la señora Lscoud, usted sabría encontrar la forma de hacerle declarar la fórmula que lleva grabada en el intrasubconsciente.

Ndart se quedó perplejo.

—Oiga, eso del intrasubconsciente parece más… más hondo que el subconsciente —exclamó.

—Así es —confirmó De Zaya sin pestañear—. El subconsciente normal ha sido rodeado de una capa envolvente, también psíquica, por supuesto, que impide que la señora Lscoud pueda declarar su secreto si no es en las condiciones exigidas de antemano. Y si aun así fallase ese procedimiento, usted lo lograría por otros medios.

—¿Cuáles, jefe?

—La señora Lscoud se lo dirá, si llega el momento, pero no creo que ocurra así. Ella hablará en el instante del cruce de la astronave por el punto ya determinado. El intrasubconsciente defiende a la señora Lscoud contra toda clase de hipnotismo, sugestiones e incluso contra las drogas narcóticas, por potentes que sean. ¿Lo comprende ahora?

—A la perfección, jefe. Pero ahora me gustaría saber qué maravilloso artefacto podrá construirse con la información guardada en el intrasubconsciente de la señora Lscoud.

—Se lo diré en el acto, Frol. Es la fórmula A.T.I.

Ndart se quedó parado.

—¿A.T.I.? —repitió.

—Significa Autotransporte Instantáneo —aclaró Arrhus, hablando

por primera vez.

Ndart miró a los tres alternativamente. De Zaya movió la cabeza repetidas veces arriba y abajo.

—Sí, Frol; una persona podrá trasladarse automática e instantáneamente, sin necesidad de vehículos, sólo con su propulsor individual, a cualquier parte del planeta o del espacio. Naturalmente, habiendo señalado antes, una vez conocidas, las coordenadas del lugar al cual desea trasladarse.

—Eso es fantástico. Revolucionará el transporte…

De Zaya sonrió.

—Por eso queremos poseer nosotros la fórmula del A.T.I. —contestó.

Hubo un momento de silencio. Luego, Frol lo rompió:

—Antes dijo que tenía dos días de tiempo. Zarparemos pasado mañana —manifestó.

—Así es.

Ndart se puso en pie.

—Es lo que deseaba saber —dijo—. ¡Adiós!

—¡Eh! ¿A dónde va usted? —exclamó De Zaya.

—Tengo trabajo —contestó el joven por encima del hombro, a la vez que abría la puerta.

—El trabajo se llama Elvira Sbarni —dijo Janya, maliciosamente—. Quiere despedirse de ella.

—En su lugar, yo también haría lo mismo —sonrió De Zaya.

* * *

Janya y De Zaya estaban equivocados.

Una vez más, Ndart acudió al *Meteor*.

Quentin Hays hizo un gesto de hastío al verle.

—Hombre, no, esto ya es demasiado —se quejó—. ¿Es que no voy a perderle nunca de vista?

Ndart no se inmutó por la poca amable recepción. Apoyó ambos codos en el mostrador y dijo:

—Quentin, quiero hablar con usted. A solas.

Hays frunció el ceño.

—Tengo trabajo —se excusó.

—Mire la manga derecha de mi chaqueta —indicó Ndart—. Hay un cañoncito térmico. ¿Quiere que le abra se el estómago?

El dueño del *Meteor* dio un respingo.

—Diablos, Frol, usa usted unos métodos…

—Vamos, Quentin, elija usted mismo el reservado. Y nada de jugarretas o le freiré los intestinos en la grasa de su propia barriga.

Rechinando los dientes, Hays abandonó el mostrador. Momentos después, cerraba la puerta de uno de los reservados.

—Quentin, sea bueno y complázcame en lo que le voy a pedir —dijo Ndart—. No me gustaría tomar medidas drásticas contra usted; por ejemplo, hacer que la policía le clausure este antro de ladrones.

Hays estaba muy pálido.

—Va usted en serio —murmuró.

—Sí —confirmó Ndart, sin pestañear—. La información que deseo es: ¿Dónde está la escuela de entrenamiento para asesinos?

El gordo tabernero apretó los labios.

—Hombre, pregunta usted cada cosa…

—Hable, Quentin, no me tiente la paciencia, y elija: diez mil discos o una paliza y después el cierre de la taberna.

Los ojos de Hays brillaron ávidamente.

—¿Diez mil discos?

Ndart sacó una libreta, recitó, mientras escribía:

—Páguese a la orden de Quentin Hays la suma de diez mil, moneda terrestre. Firmado, Frol Ndart. Nota: Abónese la presente suma en los gastos de la operación «Fórmula A.T.I.».

Entregó el documento a Hays y añadió:

—Es un pagaré que vale tanto como diez billetes de a mil. Pase mañana por la caja del SEI y le abonarán esa suma sin pestañear.

—¿Usted cree?

Ndart le enseñó la libreta abierta.

—La copia del pagaré queda aquí —respondió—. Mañana, a primera hora, la enseñaré al cajero por videófono. De este modo quedarán solventados todos los inconvenientes. No los habría, pero quiero que se quede usted tranquilo.

—Muy bien. Tome nota.

Ndart aprestó el lápiz. Hays dictó:

—Sturmond Duke. Avenida de los Olmos, cinco mil. Es una casa aislada —añadió.

—Con jardín.

—Si.

—Se nota que ha estado usted allí —dijo Ndart irónicamente, mientras guardaba la libreta y el lápiz.

Hays eludió una contestación. Ndart se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, dijo:

—Quentin, está vivo porque ha respondido a mis preguntas. Si veo que me ha engañado, considérese difunto.

—No le he engañado —aseguró Hays.

—Por su propio bien, así lo espero.

* * *

Ndart contempló la casa en la oscuridad, cerca ya de la madrugada. Era un edificio grande, de excelente apariencia, aunque sin llegar a un lujo desorbitado. El jardín era grande y parecía bien cuidado.

Una tapia de más de cinco metros de altura impedía ver lo que había al otro lado. Ndart solucionó el inconveniente en pocos minutos.

Había llevado consigo dos pértigas replegables por sistema telescópico. Una de ellas iba colgada de su cuello por un ligero cordón.

Tomó impulso y se elevó en el aire, pasando a un metro por encima del borde de la tapia. Cuando estuvo al otro lado, soltó una mano, arrancó la otra pértiga y, todavía en el aire, presionó el botón de despliegue.

El extremo de la pértiga estaba aguzado y se clavó en el suelo. Ndart no tuvo sino que soltar la primera y agarrar la segunda, dejándose deslizar luego hasta el suelo.

Se agachó unos momentos. Todo parecía quieto y callado.

Pendiente de su cinturón llevaba un diminuto detector. Avanzó paso a paso. De pronto, se iluminó una lamparita en el detector.

Ndart hizo girar el aparato a derecha e izquierda, hasta que la lamparita adquirió el máximo de intensidad. Se desvió a un lado, eludió la trampa —«seguramente explosiva», pensó— y continuó su camino.

Tuvo que esquivar cuatro o cinco trampas más. Si se trataba de simples alambres de acero, conectados a timbres de alarma, la luz que aparecía en el detector era de color ámbar.

Minutos después estaba al pie de una de las ventanas de la casa. Para un agente del SEI no era obstáculo.

Pasó al interior del edificio. Sacó una minúscula linterna y, en el mismo instante, oyó una voz:

—Sea bienvenido a mi escuela, señor Ndart.

CAPÍTULO VII

La voz salía de un megáfono oculto en algún muro, dedujo Ndart. Tenía acentos evidentemente irónicos.

La luz se encendió casi en el acto. Ndart parpadeó hasta habituar sus pupilas al resplandor.

—Atraviese esa habitación y salga al vestíbulo. Luego le indicaré dónde puede encontrarme.

Ndart obedeció. El vestíbulo era grande, espacioso, con una escalinata en semicírculo que conducía al piso superior.

—Suba, se lo ruego —dijo la voz.

Ndart se detuvo.

—Supongo que estoy hablando con Sturmond Duke —exclamó.

—Supone acertadamente, señor Ndart.

—¿Quién le ha dicho que yo iba a venir aquí?

Sonó una risita de tonos burlones.

—¿Por qué no sube y sabrá toda la verdad?

—¿Ha sido Hays? —preguntó Ndart, sin moverse de su sitio.

—No, se lo aseguro. Pero, aparte de que yo le aguardaba, usted ha hecho funcionar más de un sistema de alarma, aunque crea haberlos eludido todos. De todas formas, si yo lo hubiese deseado, ahora estaría muerto.

—¡Hum! Eso significa que quiere hablar conmigo, Duke.

—Lo admito.

—Y, tal vez, darme una sorpresa.

—Sigue adivinando mis intenciones —rio Duke desde su invisible escondite—. Bien, ¿sube o va a echarse para atrás, ahora que ya está aquí?

—Usted quiere picar mi amor propio.

—Bueno, ya que está aquí, sería una estupidez no hablar conmigo.

—Me está oyendo. ¿Por qué no hablamos así?

—Le tengo reservada una sorpresa. Luego hablaremos de todos los temas que le interesan.

—Perfectamente. Allá voy.

—Segunda puerta a la izquierda, señor Ndart —indicó Duke, cortésmente.

Ndart subió las escaleras de dos en dos. Alcanzó la puerta indicada y la abrió de golpe.

Se quedó quieto en el umbral, con los ojos desmesuradamente abiertos. Le faltaba la respiración y creía estar soñando.

Elvira Sbarni le dirigió una mirada suplicante.

—Frol…, mátame… —pidió con voz agónica—. No puedo soportar más… este horrible dolor…

Ndart cerró los ojos un momento, espeluznado por la visión. Elvira estaba suspendida de dos clavos que le atravesaban las muñecas. Todo su cuerpo era una mancha de sangre. El suelo estaba encharcado de rojo a sus pies.

—Mátame…, mátame… —insistió ella.

Ndart comprendió que ya nada salvaría a Elvira.

Llevó una mano a su cinturón, pero una voz que sonaba tras él paralizó el gesto.

—Déjela, Frol Ndart.

El joven se quedó quieto.

—¿Está armado, Duke?

—Por supuesto.

Ndart hizo una profunda inspiración.

—Le mataré por esto que ha hecho, Duke; juro que le mataré. Padecerá más que lo que está padeciendo Elvira…

—Se lo tiene merecido —contestó Duke sorprendentemente.

Elvira quiso gritar, pero, de repente, todo su cuerpo sufrió una horrible convulsión. Dobló la cabeza sobre el pecho y murió.

* * *

—Ya ha dejado de sufrir —dijo Duke—. Lástima, creí que me duraría mucho más.

—Es usted un experto en torturas, Duke. Pero creo que se sentirá un

alumno cuando yo le atrape entre mis manos.

Duke se echó a reír.

—No lance bravatas, Ndart. Tengo una pistola en la mano y puedo quemarle antes de que mueva una sola pestaña.

—Ha dicho que Elvira se merecía la muerte —manifestó Ndart—. ¿Puede decirme por qué?

—Trabajó en el *Meteor*.

—Pero eso no es obstáculo para…

—Hays le ordenó que, viera lo que viera y oyera lo que oyera, debía guardar siempre silencio. Simplemente, no respetó el pacto.

—No irá a decirme que Elvira fue una alumna suya, Duke.

—Intentó serlo, pero carecía de condiciones. Esta es otra de las razones por las que ha muerto.

—Voy a intentar ponerme en su sitio, Duke. Según usted, merecía morir, pero, ¿era preciso también torturarla?

—Me gusta ver sufrir a la gente —declaró el asesino, impávido—. Y ahora comprobaré si es usted más resistente que Elvira.

—Si cree que va a poder colgarme solo…

—Oh, no, claro que no. Tengo ayudantes.

—Lo debí suponer, Duke.

El otro lanzó una risotada.

—Es usted un magnifico ingenuo —dijo—. Cayó en la trampa como un incauto pajarillo.

—¿Qué trampa? —preguntó Ndart, sorprendido.

—Usted ha quitado de en medio a dos de mis más brillantes alumnos, Harghan y la *Araña Venenosa*. No me gustó y decidí suprimirle.

—Vamos, vamos, Sturmond, no me haga creer que lo hace por propia voluntad.

—Alguien me pagó, en efecto, con lo cual combino el placer con la utilidad. Pero, la verdad, no creí que resultase usted tan inocente.

—¿Quiere explicarse de una vez?

—Tiene usted una secretaria muy guapa. Ella fue la que recogió el mensaje de Elvira para usted, citándole aquí para comunicarle un importante descubrimiento.

Claro que Elvira tenía una pistola térmica puesta en el costado.

Ndart reflexionó rápidamente y creyó comprender.

—Ah, sí —dijo, en tono neutral—. Es una muchacha muy eficiente.

—Además de guapa. Ndart, ¿cómo se las arregla usted con las mujeres hermosas? —rio Duke.

El joven se encogió de hombros.

—No hago nada. Simplemente, vienen a mí —replicó.

—Sí, los hay que las atraen como moscas. Bueno, la secretaria me dijo que tomaría el mensaje y que se lo comunicaría en cuanto usted llegase a casa. Por supuesto, yo ya me figuré que no entraría por la puerta.

—Quise sorprenderle, pero ya veo que ha sido inútil. Ahora, sin embargo, me permitirá decirle una cosa.

—¿Sí, Ndart?

—Usted solo nunca podrá clavarme al muro…

Duke le interrumpió, lanzando un corto silbido. Dos hombres surgieron en el acto de una estancia contigua.

—Walter, Misha, ya saben lo que han de hacer con el señor Ndart —ordenó Duke.

Ndart volvió la cabeza y contempló a los dos sujetos, robustos como Hércules de feria y de rostros inexpresivos. Cumplirían cualquier orden que les diese Duke, sin pararse a pensar en las consecuencias.

Luego giró otro poco y contempló a Duke. Era un sujeto de casi cincuenta años, bajo, pero muy ancho de hombros, lo que le daba un aspecto curioso, casi de enano. Pero también era muy fuerte.

Los esbirros se acercaron. Súbitamente, se oyó un agudo grito al pie de la escalera.

—¡Eh, alto ahí!

La sorpresa fue total. Walter quiso sacar un arma, pero Janya disparó antes.

Un horrible boquete apareció en el pecho del esbirro, quien se desplomó al suelo, muerto instantáneamente por la descarga térmica que le había carbonizado el corazón.

Casi en el mismo instante, Ndart alzó el pie derecho y golpeó la mano armada de Duke.

La pistola se levantó un poco en el momento del disparo. El chorro de fuego abrasó por completo la garganta de Misha.

Todavía volaba el arma por los aires cuando ya, loco de rabia, Ndart se abalanzaba al cuello del director de la escuela de asesinos.

Duke chilló, repentinamente acobardado. Las manos de Ndart se cerraron en torno a su cuello.

—¡Frol, repórtese! —gritó Janya, a la vez que subía los escalones de dos en dos.

Las manos de Ndart sacudieron a su antagonista con terrible fuerza. Realmente, Ndart no tenía deseos de llegar a un punto extremo. Le interesaba mucho más que Duke hablase, pero necesitaba desahogar su cólera.

Se oyó un fuerte chasquido. Los ojos de Duke voltearon en sus órbitas y su boca se torció en una mueca grotesca. Su cuerpo se transformó instantáneamente en una masa fláccida y sin consistencia.

Ndart lo soltó. Duke se desplomó, muerto.

—No creí que tuviese el cuello tan débil —dijo.

Inspiró con fuerza un par de veces. Luego volvió los ojos hacia Janya.

—Tengo que darle las gracias por su oportuna llegada —declaró—. Pero, ¿cómo…?

—Yo había ido a su casa a verle. Quería puntualizar con usted ciertos detalles del viaje. Llamaron y la cantante preguntó si yo era su secretaria. No sé qué me impulsó a decirle que sí —explicó Janya—. Tomé el mensaje, pero no tenía la menor idea de dónde podía hallarse usted. Por fin, decidí venir aquí.

—Y ha atravesado todas las trampas sin sufrir el menor daño —dijo Ndart, admirado.

—¿Qué trampas? Yo llamé a la puerta y ésta se abrió automáticamente. Hay un sendero central y no me tropecé con ninguna trampa —manifestó Janya, para asombro y desconcierto de Ndart.

Súbitamente, los ojos de Janya vieron el horrible espectáculo que había en la habitación y un terrible chillido se escapó de su garganta.

—Sí, está muerta —confirmó Ndart, sombríamente—. La torturaron del modo más salvaje que usted se pueda imaginar.

Janya dio media vuelta para no ver más el torturado cadáver de la cantante. Procuró recobrarse, y, al cabo de unos momentos, preguntó:

—¿Qué es lo que va a hacer ahora?

—Vine a enterarme del nombre de la persona que pagó a todos estos asesinos para quitarnos de en medio —respondió Ndart—. Temo que eso ya no será posible.

—¿Y el cuerpo de Elvira?

Ndart vaciló un momento.

—No creo que a ella le importase mucho —contestó—. Es más, incluso se sentirá contenta desde el más allá por lo que voy a hacer.

Arrastró los tres cadáveres hasta el interior de la estancia y los dejó en una macabra pila a los pies de la muerta, que distaban un palmo del suelo. Luego se dirigió hacia la salida.

—Vamos, Janya.

Ella le siguió en el acto. Sin formular la menor objeción, contempló los trabajos del joven, que apilaba muebles y telas en el centro del vestíbulo.

La primera llama surgió poco después. Media hora más tarde, la casa era un enorme brasero.

—Algunas costumbres de la antigüedad incluían que la persona de cierto rango no partiese sola hacia el otro mundo. La acompañaban sus animales favoritos: los caballos, algún gato… y también los perros —dijo Ndart, sombríamente, mientras el techo de la escuela de asesinos se derrumbaba con gran estrépito, en medio de una colosal turbonada de llamas y chispas.

CAPÍTULO VIII

—¿Amaba usted a Elvira Sbarni?

Ndart hizo las últimas comprobaciones en el tablero de instrumentos. Observó el indicador del piloto automático y después el de aceleración constante.

—Llegaremos a la barrera lumínica dentro de treinta y dos horas y diecinueve minutos —anunció.

La Tierra se alejaba rápidamente, convertida en una bola de resplandeciente color azul. La Luna era poco más que una línea curva de plata, flotando en el espacio mucho más cerca, debido a la trayectoria de la astronave.

—Muy bien —contestó Janya—. Pero recuerde lo que debe hacer a los seis años y medio luz.

—La computadora programará la deceleración a fin de surgir de nuevo al espacio normal y anunciará automáticamente el momento cuando hayamos alcanzado esa distancia. Supongo que habrá traído consigo el sobre.

—Por supuesto.

—¿Conoce usted su contenido?

Janya arqueó las cejas.

—¿Por qué había de conocerlo? Me lo entregó su jefe —contestó.

—Ah, yo creí que era un sobre oficial de su Gobierno.

—No, el mensaje de mi Gobierno ya está en poder de su jefe. Por eso nos encontramos aquí. Pero todavía no me ha contestado a la pregunta que le hice antes.

—No recuerdo, Janya.

Ella hizo un gesto de paciencia.

—La pregunta era: ¿Amaba usted a Elvira Sbarni?

La mirada de Ndart se tornó súbitamente ensoñadora. Poniéndose en pie, dio unos pasos por la espaciosa cámara de control y se acercó a uno de los ventanales de la cabina.

—No puedo darle una respuesta exacta —contestó, tras una larga pausa—. Ni siquiera sé si ella me amaba a mí…, pero ambos nos estimábamos mucho. Ella habría hecho cualquier cosa por mí y yo por ella.

—Eso es amor, Frol —observó Janya.

—Tal vez.

—¿Cómo la conoció usted? Era una de las cantantes más famosas…

—Actuaba en una taberna. Estaba ligada por un contrato inhumano. Yo le sacudí una buena paliza al dueño.

—Y se la llevó de allí.

—En efecto. Además de no pagarle todo lo estipulado, el dueño la tenía poco menos que enclaustrada. Elvira quería seguir clases de canto; sabía que tenía buena voz y deseaba aprovechar sus condiciones. Yo la arranqué de allí, repito, y luego financié sus estudios. Cuando triunfó, me devolvió el dinero empleado en ella.

—Yo creí que le habría pagado de otro modo —dijo Janya, mordaz.

Ndart no se inmutó.

—Jamás se me ocurrió insinuarle nada en tal sentido —contestó secamente—. Pero como sé que se muere de curiosidad, le diré que… que lo que usted supone no sucedió ni siquiera cuando me devolvió el préstamo, sino la misma noche en que nos conocimos en la fiesta del embajador de Grovnor.

Janya se puso colorada.

—Dispense, no quise molestarle —se disculpó.

El hizo un gesto con la cabeza.

—Ahora ya no importa —contestó—. Ella está muerta. —Hizo una larga pausa y añadió—: Pero el que ordenó su muerte, aunque fuese de un modo indirecto, está vivo. Y un día lo encontraré y le retorceré el pescuezo como hice con Sturmond Duke —concluyó, rabiosamente.

* * *

Habían transcurrido siete días.

El viaje se desarrollaba con entera normalidad. La nave había alcanzado la velocidad de la luz, entrado en el subespacio y salido de él. Ahora volaba a unos doscientos ochenta mil kilómetros por segundo.

—Nuestra órbita es correcta —dijo Ndart—. Siguiéndola, llegaremos al punto en donde su infrasubconsciente quedará liberado automáticamente.

—No tengo la menor idea de dónde pueda hallarse ese punto —contestó Janya—. Sólo sé que entonces recitaré la fórmula.

—Hay algo que no comprendo. Estamos en el viaje de vuelta a Grovnor. Mejor dicho, el viaje de vuelta es para usted. Pero, ¿por qué no dijo la fórmula a la ida?

—No tengo la menor idea, Frol. Sólo sé que tiene que ser así…

—En realidad, tampoco importa demasiado —dijo Ndart, con indiferencia—. Lo que realmente interesa es la fórmula. —Lanzó una risita—. Los fabricantes de astronaves se arruinarán.

—Bueno, se enriquecerán los fabricantes de propulsores A.T.I. —dijo ella, sonriendo.

Ndart hizo un gesto con la cabeza.

—Si eso es verdad, será una verdadera revolución y no sólo en el transporte, sino también en las costumbres. ¿Dice que el A.T.I. ha sido inventado por científicos de Grovnor?

—Así es, Frol.

—¿Y comprobado su funcionamiento, de modo que quede excluido todo error?

—Supongo que sí. Yo no soy científico, Frol.

—¿Le gusta su cargo, Janya?

—No me desagrada —contestó ella.

—Parece muy joven para desempeñarlo —observó Ndart.

Janya se picó.

—Tengo veinticuatro años —explicó.

—Por la categoría del cargo, se supone que debería tener el doble de edad.

—En Grovnor las cosas son un poco diferentes a las de la Tierra. Mi elección como virreina, que es el nombre que se le daría en sus idiomas al cargo que ostento, fue comprobada por una batería de doce computadoras perfectísimas, que analizaron mis cualidades al máximo. Cuándo se eligió nuevo jefe de Estado, bajo el título terrestre de rey, fue preciso elegir también, reglamentariamente, el substituto, para casos de emergencia. Yo fui la candidato que obtuvo una más alta puntuación.

—¿Ah, se presentó voluntariamente a la elección?

—No, las máquinas dieron mi nombre. Repito, son perfectísimas.

Ndart hizo un gesto con la cabeza.

—Janya, una cosa es perfecta o no lo es. Si es perfecta, los superlativos están de más. La perfección significa el *summum* de cualidades buenas, sin el menor defecto.

—Como quiera. Las diferencias semánticas no alteran el fondo de la cuestión.

—De modo que ahora es virreina de Grovnor. Y ocuparía el trono de su planeta en caso de fallecimiento o incapacidad del actual rey.

—Sí. La ley no diferencia los sexos en los cargos de Gobierno. Naturalmente, el rey, como sus predecesores y sus sucesores, desempeña un cargo casi decorativo.

Ndart sonrió.

—En el caso de usted, es una decoración de lujo —dijo, de buen humor.

Un timbre sonó de pronto.

—Ah, ya hemos alcanzado la distancia indicada —exclamó él—. Janya, el sobre, por favor.

—Ahora mismo, Frol.

* * *

Los dedos de Ndart arrancaron los lacres y rasgaron el sobre. Había en su interior una cuartilla mecanografiada, que el joven leyó con rapidez, mientras ella le contemplaba ávidamente.

Ndart lanzó de pronto una exclamación.

—Pero, ¿qué se habrá creído ese tipo…?

—¿Qué dice el mensaje, Frol? —preguntó Janya, terriblemente intrigada.

De súbito, Ndart lanzó una atronadora carcajada.

—Ese hombre… Pero qué ideas se le ocurren, qué ideas. Vamos, a cualquiera que se le diga…

—¿Me lo quiere decir a mí? —pidió ella, impaciente.

—No.

Ndart sacó una tira de fósforos y quemó papel y sobre.

Janya le miraba estupefacta.

—¿Cómo se atreve…?

—Lo hago porque lo ordena así el mensaje. Una vez leído, sin comunicarlo a nadie más, deberá ser destruido por el fuego. Y yo soy un

agente disciplinado, Janya.

Ella hizo una mueca de desdén.

—De todas formas, no me quitará el sueño —declaró.

—«Están verdes», dijo la zorra —replicó él con sorna.

Y, en el mismo instante, cuando Janya quería pedirle una explicación sobre una frase, cuyo significado se le antojaba incomprensible, sonó un timbre de alarma.

Frol se precipitó hacia el tablero de mandos. Una lámpara de color rojo oscilaba con vivas intermitencias.

—¡Señal de «peligro en el espacio»! —exclamó.

—¿Para nosotros? —preguntó Janya, aprensivamente.

—No, es una llamada de naufragio. Alguna astronave se encuentra en peligro. Voy a ver de localizarla.

Ndart conectó radares, distante y próximo. A los pocos segundos apareció un punto verdoso en la pantalla del radar próximo.

Un indicador señaló en cifras la distancia entre las dos astronaves.

—Millón y medio de kilómetros en cifras redondas, aproximadamente —dijo Ndart.

—¿Piensa socorrerlos?

—Es mi obligación, Janya. Ahora soy el comandante de esta astronave y no puedo eludir el cumplimiento de la ley.

—Tiene una misión asignada, no lo olvide.

—Me costaría caro si dejase de socorrer a esa nave. Ni mi propio jefe podría salvarme… ¿Eh, qué es eso?

Una línea de color amarillo había surgido de repente en la pantalla, dirigiéndose rápidamente al centro.

Ndart frunció el ceño.

—No entiendo —dijo.

Janya lanzó un grito.

—¡El radar! ¡Desconéctelo inmediatamente, Frol! ¡Pronto o volaremos en pedazos! ¡La llamada de socorro es una trampa!

Ndart obedeció en el acto. Apenas lo habla hecho, se vio brillar un tremendo relámpago.

La explosión, al producirse en el vacío, sin atmósfera que transmitiese las ondas sonoras, resultó completamente silenciosa. Algo golpeó el casco de la nave con un tañido que resonó musicalmente en el interior.

—Un fragmento de la envoltura del proyectil —adivinó Ndart.

—Querían destruir la nave —dijo Janya.

—Poco les ha faltado. Pero no comprendo cómo pudo explotar el proyectil antes de tiempo.

—Tiene una explicación. Usted había conectado los radares. El proyectil venía guiado hacia nosotros, guiado por las ondas que partían de esta misma nave.

—A pesar de todo, hizo explosión antes de tiempo.

—No. Seguramente, su cabeza explosiva estaba graduada para provocar la explosión apenas cesase la emisión de ondas de radar. Debía de llevar dos cargas explosivas: la de contacto, que hubiese cortado la emisión de radar en el choque, y la que actuaba al cesar de emitirse estas ondas. Como ello ocurrió relativamente lejos de la nave, fue la segunda carga la que hizo explosión.

—Y un trozo del proyectil nos alcanzó a nosotros.

—Así ha sido.

Ndart echó a andar hacia la cámara donde guardaban los trajes espaciales.

—Es preciso conocer las consecuencias del impacto —dijo por encima del hombro—. Puede que no sea más que una leve abolladura, pero también es posible que el daño sea mayor.

—No creo que pase de la abolladura, Frol —opinó Janya, situada junto a la puerta entreabierta, mientras él empezaba a cambiarse de indumentaria—. Pero aun suponiendo que el daño fuese mayor, ¿qué podría ocurrimos?

—Pregunta demasiado —contestó él—. Hasta que no esté afuera no se lo podré decir, Janya.

CAPÍTULO IX

Ndart salió a través de la escotilla y flotó en el espacio. Una soga de nylon iba del cinturón de su traje al casco de la nave.

En el otro extremo de la soga había una ventosa electromagnética, que se adhería al casco del aparato. Cuando el cabo había alcanzado el máximo de longitud, Ndart cortaba la corriente y la ventosa se despegaba. Avanzaba unos cuantos metros, conectaba la corriente de nuevo y la ventosa se dirigía hacia el casco, atrayéndole a él también.

Así dio la vuelta completa, hasta situarse en el lugar donde se había producido el sonido del impacto. Torció el gesto apenas vio los resultados.

Janya le llamó por la radio.

—Frol, ¿qué es lo que ve?

—Nada bueno —respondió él—. Hay un boquete de más de un metro de largo por medio de anchura. No puedo ver mucho, pero me temo que haya conexiones dañadas y quizá destruidas irremisiblemente.

—Los instrumentos no señalan ninguna anormalidad, Frol —observó la joven.

—Volamos por inercia en parte y en parte con los motores de espacio normal. Pero no sabemos lo que pasará cuando tengamos que volver al subespacio.

Hubo un momento de silencio. Luego, Janya preguntó:

—Frol, ¿se siente usted capaz de reparar la avería?

—Si los daños se han producido en la sección de propulsión subespacial, temo que no —contestó él—. Es preciso tener el título de doctor ingeniero en Ciencias Espaciales, y yo no pasé del segundo curso de la simple licenciatura.

Janya se sintió consternada.

—Oh, Frol, entonces, ¿no podremos grabar la fórmula?

—No lo sé. Quizá sea preciso solicitarla a Grovnor por otros medios.

—¿Hablará con su jefe por la radio subespacial?

—Antes de nada, conéctela. El indicador le dirá si funciona o no.

Transcurrieron unos segundos. Luego, Ndart oyó la voz de Janya:

—La señal es muy débil, Frol. Quizá no se recibe el voltaje adecuado.

—Lo que significa que el generador o el transformador de voltaje, o tal vez ambos a la vez, están averiados —dijo Ndart sombríamente—. De todas formas, veré a ver si puedo hacer algo. Si no lo consigo…

—¿Si no lo consigue…? —dijo ella, ansiosamente.

—Tendremos que establecer una órbita fija. En la Tierra, nuestra señal se recibe también débil. Verán que sucede algo y, puesto que conocen nuestra trayectoria, enviarán una nave de rescate. Cuánto tardará en alcanzamos es algo que no sé, pero me parece que ésa va a ser nuestra solución salvadora.

—¿No hay medio de enviar un S.O.S., Frol?

—Si no tenemos voltaje suficiente, es inútil, Janya. Ellos ya se darán cuenta de que la señal es débil; basta para que adviertan nuestras dificultades. De todas formas, repito, intentaré hacer lo que pueda, pero no en el espacio, claro.

—¿Tendremos que aterrizar en alguna parte?

—Sí. Ahora buscaré un lugar adecuado en la carta estelar. Prepárese para abrirme la esclusa.

—Bien, Frol.

Ndart se separó de la nave. En el mismo instante vio brillar un objeto que se le acercaba a toda velocidad.

El instinto le hizo echarse hacia atrás. Brilló un leve chispazo junto al casco y la soga onduló en el aire, separada en el acto de la ventosa electromagnética.

—¡Janya! —gritó—. Han cortado la cuerda.

—No se apure, Frol; me vestiré y saldré a buscarle…

Ndart se separaba lentamente de la astronave, movido por el impulso efectuado al echarse hacia atrás para eludir el choque con el proyectil. Entonces divisó un punto brillante que se acercaba a aquel lugar a gran velocidad.

—¡No, Janya! —gritó—. ¡Huya, escape! ¡Vamos, dese prisa!

—Pero, Frol…

—Haga lo que le digo inmediatamente o será tarde. Escuche, junto al mando de conexión de los motores subespaciales hay una palanquita roja. Bájela, bájela —ordenó, con voz crispada.

—Frol, yo no quiero dejarle ahí —contestó ella.

—Janya, usted está a mis órdenes y debe obedecerme. Haga lo que le digo. ¡Es una orden oficial!

Sangrando interiormente, Janya bajó la palanca señalada. La astronave desapareció instantáneamente de la vista de Ndart.

* * *

La nave se acercó lentamente al lugar donde Ndart flotaba en el espacio. Ndart apreció que el casco de la nave carecía de todo distintivo.

Momentos después, se abría una escotilla. Ndart comprendió que no tenía otro remedio que pasar a bordo de la misteriosa astronave.

Cuando estuvo en el interior, se quitó el casco. Tres hombres aparecieron ante su vista.

—A dos de ustedes les conozco yo —dijo.

El tercero, situado en el centro, sonrió.

—Tuvieron el honor de recibir su negativa a la propuesta que le hicieron —manifestó—. Mi nombre es Pretton Wirl-77.

—Ah, el diplomático vudnoriano.

—En efecto. Señor Ndart, si no tiene inconveniente, mis colaboradores le ayudarán a despojarse del traje espacial.

—No me queda otro remedio, señor Wirl-77.

—Dígame Pretton a secas, Frol —sonrió el vudnoriano—. El apellido resulta un poco incómodo de pronunciar.

—Sobre todo, por la cifra en que termina.

—Es el indicativo de la generación a que pertenezco. Delante de mí hubo setenta y seis generaciones pertenecientes a la casa Wirl.

—No cabe duda, es usted un hombre con un bonito árbol genealógico —sonrió Ndart.

Tonn-40 y Snatt-57 le ayudaron a despojarse de la indumentaria espacial. Vestido solamente con un «mono», fue conducido después a una espaciosa cámara, en donde ya le aguardaba Wirl-77.

El vudnoriano le tendió una copa.

—Tome, Frol, esto le ayudará a soportar mejor su decepción —dijo, sonriendo.

—Puede que sí —aceptó Ndart. Levantó su copa—. Salud, amigo.

—Salud —dijo Wirl-77—. ¿Empezamos a hablar?

—Cuando guste, Pretton.

—Se trata de la fórmula. No es necesario que le diga más.

Ndart vació su copa.

—Janya no la ha dictado aún —contestó.

—¿Es posible? —se sorprendió el vudnoriano.

—Como lo oye, Pretton.

—Me habrán informado mal. Yo creí que ella…

—Aún no había llegado el momento, Pretton.

—Está bien. Ya llegará. Hablemos ahora de otra cosa. Del sobre lacrado que Janya debía entregarle a los seis años y medio luz.

Ndart sonrió.

—Está usted muy informado —dijo.

—No del todo, como ya ha podido comprobar. ¿Qué dice el sobre?

—Lo quemé, con su contenido, siguiendo las instrucciones contenidas en él.

—Pero leyó el mensaje.

—Sí, es verdad.

—Vamos, Frol, no me haga perder el tiempo.

—Lo siento. Usted trabaja para su país, su Gobierno, su planeta o como quiera definirlo, y a mí me sucede lo mismo.

—Tengo medios para hacerle despegar los labios, Frol —dijo severamente el vudnoriano.

—Empiece ya.

Wirl-77 alzó las manos al cielo.

—Pero, hombre, yo quiero ser amigo de usted…

—¡Caramba! ¡Hay amistades que matan! ¡Ese torpedo que usted nos disparó…!

—Frol, nosotros no hemos disparado ningún torpedo —declaró Wirl-77, sorprendentemente.

—No le creo —contestó.

—Tiene que creerme. Nosotros no hemos disparado ningún torpedo, insisto.

Ndart se quedó pensativo unos instantes.

—En este asunto están sucediendo cosas muy extrañas —murmuró —. Pero no me negarán que sí dispararon una especie de cuchillo teledirigido, que cortó mi soga de seguridad.

—Eso sí es cierto —admitió Wirl-77—. Lo hicimos para provocar un estado de tensión entre usted y Janya, lo que se habría traducido en nerviosismo e inferioridad en la capacidad de maniobra.

—Demasiada psicología —comentó Ndart—. Les salió mal.

—Sí, ya vi que ella pudo escapar al subespacio. Pero habíamos escuchado sus conversaciones y creí que tenían averiado el propulsor subespacial.

—Oh, también hay personas a las que les falta una pierna y, sin embargo, pueden tirarse de cabeza a un río.

—Frol, déjese de bromas —rezongó.

—Es todo lo que sé —respondió.

—Todo, no —corrigió el vudnoriano—. Admito que Janya no le haya dicho aún la fórmula del A.T.I., pero, al menos, usted sí ha leído el sobre y puede explicarme su contenido.

—Ya le he dicho antes que no, Pretton.

—¿Por qué, Frol?

—Oh, es un asunto estrictamente privado entre Janya y yo —contestó el terrestre, sonriendo.

—Muy bien —suspiró Wirl-77—. ¿Quiere que le diga una cosa, Frol?

—Sí, por favor.

—En la copa que ha tomado usted había una droga narcótica—. El vudnoriano consultó su reloj—. Es una droga relativamente lenta, por lo que no surtirá plenos efectos hasta dentro de treinta o cuarenta minutos. Encerrado en una de las cámaras de a bordo, tendrá usted tiempo más que sobrado para reflexionar y hablar antes de que llegue el plazo indicado.

—¿Por qué? —se extrañó Ndart—. Basta con que esperen, para que yo empiece a charlar por los codos…

—Lo siento, Frol —atajó Wirl-77, fríamente—. Dentro de treinta minutos llame usted y hable voluntariamente. De lo contrario, los efectos de la droga serán irreversibles y quedará usted convertido, para siempre, en un no-vivo, no-muerto. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Ndart no pestañeó siquiera.

—En la Tierra se les llama «zombies» —dijo.

—Justamente —corroboró el vudnoriano.

CAPÍTULO X

Era una suerte que no hubiesen registrado sus ropas, salvo un ligero examen en busca de unas armas que no habían aparecido. Ndart se felicitó de la circunstancia, mientras examinaba el interior de la cámara en la que había sido encerrado.

Era un alojamiento de decoración casi espartana. Había una lucerna circular, como de un metro de diámetro. Con los nudillos, tocó el vidrio.

Hizo un gesto de satisfacción. Los cristales de muchas astronaves no eran tales, sino mamparos de metal tratado de modo que resultase transparente.

—En Vudnor, por fortuna, el cristal es cristal todavía —se dijo, sonriendo.

Agachándose ligeramente, buscó en los bajos de una de las perneras de los pantalones. Momentos después tenía en la mano tres bolitas de color verde oscuro. Las contempló un momento con aire especulativo.

—Sí, tres mejor que dos, con lo que así elimino posibles riesgos —decidió al cabo.

Ingirió las píldoras y luego se quitó el reloj de pulsera. Presionó la ruedecilla de mover las agujas. Una ligera protuberancia apareció en el lado izquierdo del borde.

Finalmente, se tanteó la pernera derecha del pantalón. Satisfecho por lo que había encontrado, que dejó en su sitio momentáneamente, atacó el cristal con el borde del reloj.

Trazó un círculo de unos sesenta centímetros. Luego buscó un mueble.

Había un taburete de extraño diseño. Agarrándose con la mano izquierda al pomo de la puerta, que supuso estanca, como todas las de los restantes compartimentos de la nave, lanzó el taburete contra el

cristal.

Hubo una sorda explosión cuando el vidrio saltó y el aire respirable escapó instantáneamente al exterior. De no haber tenido la precaución de sujetarse antes, Ndart habría sido precipitado también hacia la lucerna y el golpe podría haberle causado daños acaso irreparables.

Pero se había mantenido en su sitio. Soltó el pomo, corrió hacia el ventanal y lo atravesó. Luego gateó por el casco, en posición invertida con respecto a la nave.

Alcanzó una escotilla cerrada exteriormente, con un rótulo en vudnoriano, que indicaba se trataba de una abertura de emergencia, cuya cerradura podía manejarse desde el exterior. Presionó la tecla de apertura y la escotilla giró a un lado, dejando ver el interior de una cámara, en la que había una nave auxiliar.

Era, literalmente, un bote salvavidas, para casos de naufragio o avería irreparable en el espacio. No había astronave que no llevase uno o dos botes, cuando menos.

Ndart podía haber escapado ya, pero aún no había terminado. Tenía algo más que hacer.

De la pernera derecha de su pantalón sacó una delgada lámina de metal, con una forma muy peculiar. De pronto, se le ocurrió que en el bote auxiliar, inevitablemente, tenía que haber alguna caja con herramientas.

Encontró la caja. Inmediatamente, se puso a trabajar.

* * *

Wirl-77 consultó su reloj y dijo:

—Han pasado ya veinticinco minutos. Gwedd, anda a ver si el prisionero ha modificado su actitud. En medio de todo, me cae simpático y me gustaría aplicarle el antídoto antes de que fuese demasiado tarde.

—Sí, señor.

Snat-57 se dirigió hacia la cámara ocupada por el prisionero e hizo girar el pomo. Un mecanismo automático bloqueó inmediatamente la cerradura, a la vez que hacía funcionar un sistema de alarma audiovisual.

—Rayos —juró Snat-57.

Y corrió hacia la sala.

—Jefe, la cámara del prisionero está sin presión —gritó.

Wirl-77 se puso en pie de un salto.

—¡Eso es imposible! —gritó—. Nadie puede vivir sin atmósfera. Moriría instantáneamente…

—Con atmósfera o sin atmósfera, la cerradura está bloqueada y los sistemas de alarma para falta de presión se han disparado.

—Vamos a ver.

Wirl-77 se dirigió a la cámara de mando y buscó el tablero de comunicaciones. Tomó el micrófono y conectó la línea de la cámara ocupada por Ndart.

—Frol —llamó—. Conteste. ¿Me oye usted? Conteste, se lo ruego…

—Es inútil que se moleste, jefe —dijo Tonn-40—. La lámpara piloto que señala se ha establecido la comunicación está apagada.

Wirl-77 soltó un taco. Luego, dijo:

—Tenemos que entrar en aquella cámara al precio que sea. Nos pondremos los trajes de vacío, pero, a fin de no dejar la nave sin aire, bloquearemos el corredor. Gwedd, quédate tú en el puesto de mando. Remmor, ven conmigo.

Wirl-77 y el otro corrieron al vestuario, en donde se pusieron los trajes espaciales. Una vez equipados, alcanzaron el pasillo de las cámaras, cuya puerta cerraron.

Snat-57 manejó el mecanismo de desbloqueo. Abrió la puerta y el aire, al escaparse, lo derribó por el suelo.

Entraron en la cámara. Wirl-77 lanzó una exclamación de asombro al ver el cristal perforado.

—¡Ese hombre se ha vuelto loco! —gritó.

Snat-57 meneó la cabeza.

—No, jefe —contradijo—. No se ha vuelto loco. Al contrario, quiso evitar los efectos de la droga y prefirió morir antes que seguir viviendo como un idiota.

—¡Imbécil, mil veces imbécil! —barbotó Wirl-77.

El otro se amoscó.

—Jefe —dijo, en son de protesta.

—No, si no te lo digo a ti, Gwedd. Yo me refería a Ndart.

—Hombre, la verdad, jefe, para quedar convertido en un muerto-vivo, ¿qué quiere que le diga? Casi comprendo a Ndart al preferir una muerte instantánea.

—Pero, ¿es que no lo comprendes? No había droga ninguna en su copa. Fue sólo un truco psicológico para hacerle hablar.

Snat-57 abrió la boca. Tras una pausa, con tono afligido, dijo:

—A estas horas, ya lo sabe…, pero en el otro mundo.

Wirl-77 meditó un instante, antes de tomar una decisión.

—Está bien —dijo—. Vamos a ver si, al menos, podemos encontrar a Janya de Lscoud. Regresemos a la cámara de mando.

Los dos hombres volvieron sobre sus pasos. Snat-57 se encargó de reparar los desperfectos. Wirl-77 se reunió con el otro.

—Remmor, tenemos que hacer numerosos viajes lanzadera al subespacio —dijo—. Tomando esta posición como vértice, trazaremos un cono imaginario, cuya base, cada vez, será más amplia. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, señor. En cada viaje deberemos regresar a este punto, mientras no encontremos nada. Luego, repetir el salto con una trayectoria…

—Exactamente —aprobó Wirl-77 poco después, cuando Tonn-40 le dio muestras inequívocas de que había comprendido sus intenciones—. Y en uno de estos viajes, estoy seguro, acabaremos por encontrar la nave tripulada por Janya.

—Muy bien. Entonces, vamos a hacer el primer salto.

Tonn-40 se aplicó a manejar los instrumentos. Al cabo de unos minutos tuvo todo listo.

La rutina le hizo recorrer con la vista los indicadores del tablero de mandos. Un grito se escapó de sus labios.

—¡Jefe! —gritó.

Wirl-77 acudió de inmediato.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

La mano de Tonn-40 temblaba visiblemente al señalar una de las esferas.

—Mire, el indicador de tensión de los generadores de energía subespacial —exclamó—. La aguja llega sólo a dos tercios de la tensión máxima requerida para una operación de tal clase.

* * *

El planeta era algo más pequeño que la Tierra, pero muy fértil en apariencia. Ndart vio grandes océanos, extensos bosques, ríos anchurosos y elevadas cordilleras.

Orbitó varias veces en torno al planeta, cuyo nombre desconocía, y consultó con frecuencia los instrumentos de a bordo. De pronto, una de las lámparas piloto empezó a oscilar.

Ndart hizo girar la llave de tensión del instrumento correspondiente a la lámpara. Una aguja se inmovilizó en un punto determinado de la esfera correspondiente.

Sonrió satisfecho.

—Sí, es un ser humano, no cabe la menor duda —dijo.

Era un detector de seres vivientes. Había temido una confusión, creyendo podía tratarse de un animal, pero no era así.

Descendió lentamente, guiándose por las indicaciones de los instrumentos. De pronto divisó una gran masa metálica parada en un claro del bosque, no lejos de un río de mansa corriente y aguas muy claras.

Momentos después aterrizaba sin dificultades junto a su propia nave. Abrió la escotilla y saltó al suelo, llenándose los pulmones de un aire puro y perfumado.

—Aquí sí que da gusto vivir —dijo, satisfecho.

Desde el suelo era fácil ver el boquete abierto por el disparo del torpedo. Puesto que Wirl-77 había negado ser el autor del disparo, y por las trazas parecía sincero, ¿quién lo había hecho?

Se acercó a su nave. Momentos después comprobaba que estaba vacía.

—¿Dónde se habrá metido esa mujer? —masculló.

La temperatura era muy agradable, sin llegar a ser sofocante. De súbito, a través de unos árboles, divisó el río.

Una sonrisa apareció en sus labios. Creyó comprender y, sin más, encaminó sus pasos hacia la orilla.

Había un gran remanso de aguas transparentes. Ndart se puso en cuclillas, con un cigarrillo en los labios, mientras contemplaba las evoluciones de Janya, que nadaba a siete u ocho metros de la orilla.

Janya dio la vuelta para nadar en sentido contrario. Entonces le vio y quiso gritar, pero, perdido el ritmo, se hundió un poco y la boca se le llenó de agua.

La joven emergió, tosiendo aparatosamente. Ndart se echó a reír.

—Vamos, salga —invitó—. La estoy esperando.

Janya luchó por aclararse la voz. Luego, dijo:

—No puedo salir, Frol. Estoy desn… Bueno, quiero decir que no llevo ropa encima.

Ndart sonrió. Miró a derecha e izquierda y divisó unas prendas al pie de un arbusto.

—Muy bien —contestó—. La espero junto a la nave.

Se incorporó, dio media vuelta y caminó hacia la astronave. De súbito, creyó ver algo extraño entre los árboles.

Para comprobarlo mejor, trepó a la parte más alta de la nave, por el exterior. Su boca se abrió en una O de asombro.

—¿Quién lo hubiera dicho? —exclamó.

La voz de Janya sonó repentinamente:

—Eh, ¿qué hace ahí arriba?

Ndart descendió a la carrera. Ella le agarró por los hombros y le miró fijamente.

—Le estoy tocando, luego no es ningún fantasma —dijo—. ¿De dónde sale usted?

Ndart sonrió. Janya tenía un aspecto encantador, vestida con un traje de una sola pieza, debajo del cual, probablemente, no llevaba nada más. Su pelo quedaba suelto hasta mucho más abajo de la cintura. El cierre relámpago del mono estaba subido solamente hasta un poco por encima del estómago y el traje, por tanto, quedaba bastante escotado.

—¿No me contesta nada? —se impacientó ella.

—Janya, mi nave es una nave terrestre y hay comida terrestre a bordo —dijo él—. No se ofenda, pero tengo hambre.

Janya lanzó una alegre carcajada.

—Muy bien. A comer —exclamó, a la vez que se colgaba de su brazo.

CAPÍTULO XI

—De modo que no fueron los vudnorianos quienes lanzaron el torpedo —dijo Janya, mientras llenaba la taza de café de Ndart.

El terrestre se repantigó en su silla. Sacó un cigarrillo y lo encendió satisfecho.

—No todos los días consigue uno que le sirva el café nada menos que la virreina de un planeta —dijo, alegremente.

—Déjese de chanzas —exclamó Janya, amoscada—. Estábamos hablando del torpedo.

—No, ellos no lo lanzaron, y en mi humilde opinión, creo que eran sinceros.

—Entonces, ¿quién lo disparó?

Janya se sentó frente a él y apoyó ambos codos en la mesa.

—No tengo la menor idea —contestó Ndart, después de un par de sorbos de café—. En cambio, sí admitieron haber disparado aquel proyectil cortante.

—¿Por qué lo hicieron?

—Bien, querían crear en nosotros dos un clima de desconcierto…

—Y lo consiguieron.

—En efecto. ¿Más café, Janya?

—No comprendo cómo ustedes, los terrestres, pueden sentirse apegados a estos vicios: café, licores, tabaco…

—Querida, en dosis prudentes y moderadas, estos pequeños vicios contribuyen a hacer más agradable la existencia —dijo Ndart, sentenciosamente—. ¿Qué tal lo pasó durante el viaje? —preguntó.

—No muy bien —contestó ella—. Luego encontré este planeta y aterricé aquí. Pensaba instalar una emisora de emergencia, pero el instinto me dijo que debía esperar un poco.

—Acertó —sonrió él.

—Frol, lo que yo no comprendo es cómo pude llegar hasta aquí, a través del subespacio, teniendo, precisamente, estropeados los propulsores subespaciales —dijo ella, intrigada.

—Hay una batería para casos de emergencia, que no debe ser usada sino en situaciones de extrema gravedad. Yo me había quedado suelto de la nave y nos habían disparado un torpedo. Usted tenía que salvarse, eso es todo.

—A riesgo de su vida, Frol —murmuró Janya, mirándole fijamente.

—Era mi deber —respondió él.

—Me siento admirada. Consiguió escapar de la nave vudnoriana, sin traje de vacío…

—Había tomado tres píldoras oxigenantes. Además, mantienen la tensión de los tejidos orgánicos. Sus efectos duran entre noventa y ciento veinte minutos, según los casos personales.

—¿Y la droga que le propinaron ellos?

Ndart se echó a reír.

—Un agente del S.E.I. está siempre acondicionado contra toda droga narcótica —contestó—. Pero en cuanto vea a Wirl-77 le daré un buen puñetazo en la nariz. ¡Mira que querer convertirme en un «zombie»!

—Hubiera sido horrible, en efecto —convino Janya—. Pero el vudnoriano confiaba en que usted se rendiría antes.

—No conoce todos nuestros trucos —sonrió Ndart.

—Y les birló un bote salvavidas…; pero esas naves no disponen de propulsores subespaciales.

Ndart la miró con expresión de malicia.

—Les quité una unidad propulsora subespacial y la acoplé a los mecanismos del bote —explicó—. Es un aparato mucho más pequeño y con un bloque propulsor tiene suficiente. A fin de cuentas, se trata de una caja tipo standard, acoplable a cualquier nave, aunque, cuando se trata de una grande, se necesitan más propulsores, como es lógico. En mi caso, con una unidad bastó.

—Y ahora ellos se han quedado cojos.

—Más o menos, así es, Janya.

—Bien, por ese lado estamos seguros. Ahora, dígame, ¿cree que podremos salir de este planeta?

—Si no tenemos prisa y no perdemos la paciencia, sí, desde luego —contestó Ndart.

Janya unió sus manos y meditó un instante.

—¿Sabe? Resulta que ahora me encuentro aquí muy a gusto y no tengo ninguna prisa en irme —dijo al cabo.

—Es un lugar maravilloso, en efecto. Janya, estoy un poco fatigado y quiero descansar.

—Es lógico. Yo vigilaré mientras duerme, Frol.

* * *

Janya consultó su reloj.

—Mucho duerme —se dijo a media voz—. Le despertaré.

Mientras se dirigía a la cámara del joven, se acordó de haberlo visto en la cúspide de la astronave. Parecía explorar los alrededores, pensó.

Janya se llevó una sorpresa. Frol no estaba en su cámara.

Lo buscó por todas partes. Ndart no aparecía.

Gritó, angustiada. Una voz llegó desde el río.

—¡Estoy aquí!

Janya corrió hacia la orilla.

—Me ha dado un susto enorme —dijo—. Eh, pero, ¿dónde se ha metido? —exclamó, al darse cuenta de que no veía a Ndart.

Una mano surgió de pronto de unas plantas acuáticas y agarró el tobillo de la joven. Janya lanzó un grito al perder el equilibrio.

Las aguas saltaron al chapuzarse en el río. Frol se echó a reír. Ella emergió, colérica…

—Bruto, sinvergüenza. Me ha tirado al agua y usted está… está…

—Llevo un traje de baño —aclaró Ndart, mientras salía del agua, llevándola en brazos—. Y la tela de su «mono» es autosecante; de modo que dentro de dos minutos ya habrá expulsado la humedad.

—Muy bien, pero suélteme. Tengo dos piernas para sostenerme, ¿sabe?

Ndart sonrió.

—Dos piernas muy bonitas, todo hay que decirlo —comentó.

Janya había quedado en pie, frente a él. Frol alargó los brazos y rodeó su esbelto talle.

—No —dijo ella, temblorosa.

Los ojos de Ndart la miraban de un modo extraño. Janya quería resistirse, pero algo le dijo que estaba derrotada desde el primer momento. Cedió, cuando los labios varoniles se unieron a los suyos en

un cálido beso.

Minutos después, tendida a su lado, sobre la hierba, Janya le hizo una pregunta, mientras paseaba la yema de su índice sobre el desnudo pecho masculino.

—Frol, esta mañana, cuando yo salí del río, te vi en lo alto de la nave. ¿Qué hacías allí?

—Oh, había visto algo que a ti te había pasado desapercibido. Eres una chica alta, pero yo te paso medio palmo. Esta pequeña diferencia resultó suficiente para que pudiera ver los tejados de algunas casas a través de la arboleda.

—¡Casas! —exclamó ella.

—Sí. No se veían muy bien y por eso subí a lo más alto de la nave para confirmarlo. Hay una ciudad a unos tres kilómetros de distancia, Janya —concluyó Ndart.

—¿Habitada?

Ndart hizo un gesto ambiguo.

—Hoy ya es tarde —contestó—. Creo que está deshabitada, pero, en todo caso, lo comprobaremos mañana por la mañana. Si te parece bien, claro.

—Me parece de perlas —contestó Janya. Y, de súbito, sintió que los brazos de Ndart la atraían de nuevo hacia él. Cerró los ojos. Era preferible no pensar en nada, no pensar, no pensar…

* * *

La ciudad estaba en una especie de hondonada de gran extensión y pendientes muy suaves, de modo que los tejados que Ndart había visto la víspera correspondían a los edificios más altos.

No se percibía el menor signo de vida.

—Está deshabitada —dijo Janya.

—A mi entender, son restos de una civilización extinguida —opinó Ndart.

La ciudad tenía un trazado regular, en torno a un gran edificio de forma aproximadamente piramidal, con una docena de terrazas escalonadas, entre cada una de las cuales había ocho o diez metros de altura de diferencia. No había escaleras; el acceso se hacía por medio de rampas en zigzag.

Los edificios formaban círculos concéntricos en torno a la pirámide, de la que partían calles radiales de gran amplitud. Los materiales de

construcción eran bloques de piedra grisácea o rosada.

—Granito —identificó Ndart.

En las casas sólo quedaba la piedra. Si había habido puertas y ventanas de madera, el tiempo había convertido en polvo la sustancia orgánica vegetal.

Resultaba impresionante caminar a lo largo de las calles desiertas, en medio de un silencio total. Alcanzaron la base de la pirámide, y Ndart propuso subir a la cima.

—Necesitamos otear el panorama —dijo.

Janya aceptó la propuesta. El calor se acentuaba por momentos.

—En cuanto termine la exploración, buscaré un sitio para darme un baño —dijo.

Llegaron a la cima. Desde la cúspide se contemplaba un panorama esplendoroso. El radio de la circunferencia máxima, que correspondía a los edificios situados en el límite de la ciudad, superaba los dos kilómetros.

De súbito, Ndart lanzó una aguda exclamación, a la vez que se golpeaba la frente con la palma de la mano.

—¡Ya está!

Janya le miró extrañada.

—¿Ya está qué, Frol?

—El plano —contestó él—. El plano que le quité a Ihrms. Nadie sabía de qué se trataba; no había la menor señal ni indicación y no se pudo averiguar su origen. De Zaya hizo que lo grabara en mi subconsciente, por si me resultaba necesario algún día. Bien, ya no cabe la menor duda de que el plano de Ihrms se refería a esta ciudad.

—¿Tenía algún propósito? Me refiero a Ihrms, claro.

—No lo sé. Ahora está muerto y no nos lo puede decir. Tal vez se lo dio a alguien, quizá lo tenía que entregar a Dios sabe quién… El caso es que estamos en la ciudad del plano.

—Una curiosa coincidencia —apreció Janya—. ¿Nos servirá de algo?

Ndart se encogió de hombros.

—Quizá sí, pero, de momento, no se me ocurre ninguna idea. ¡Eh, mira! —exclamó, de pronto—. ¿No querías bañarte?

—Sí, tengo ganas de refrescarme, Frol.

—Allí hay una piscina, entre aquel grupo de edificios. Veo un acueducto que la alimenta de agua constantemente, de modo que no hemos de temer el peligro de aguas estancadas.

—Muy bien, Frol —aprobó Janya—. Ahora nos daremos un baño…, pero, recuerda, tenemos que salir de aquí. Hemos de continuar el viaje y tú conoces los motivos.

Ndart apretó su brazo cariñosamente.

—Hoy mismo pondré manos a la obra —contestó.

Emprendieron el descenso. Al hallarse la ciudad en un cuenco, el calor resultaba mucho más acentuado que en los niveles altos.

La piscina se hallaba a unos quinientos metros, en dirección opuesta a la que habían de seguir para el regreso. Ávida de sumergirse en las aguas, Janya aceleró el paso cuando ya le faltaban cincuenta o sesenta pasos para llegar al borde del estanque.

De repente, se paró en seco, a la vez que emitía un grito:

—¡Frol!

Ndart acudió presuroso a su lado. Sintióse alarmado al ver a Janya detenida, con las manos sobre las sienes y rígida como una estatua.

—Janya, ¿qué te sucede? —preguntó.

Ella demoró un poco la respuesta.

—No sé cómo ha sido —dijo al cabo, hablando lentamente—, pero acabo de percibir una extraña sensación en el interior de mi cerebro. Es como si una voz misteriosa me hubiese dado una orden desde muy lejos…

—¿Una orden? —se extrañó Ndart.

—Sí, Frol; la orden de repetir la fórmula del A.T.I.

CAPÍTULO XII

Janya se sentó en un cómodo diván. Frol le entregó una copa, de cuyo contenido ella bebió solamente la mitad.

Acto seguido, Ndart pulsó una tecla, a la vez que le entregaba un micrófono.

—Ya puedes empezar —dijo.

Janya le miró ansiosamente.

—¿Recibirán el mensaje? —preguntó.

—No. Los generadores subespaciales están averiados, ya lo sabes. Pero, puesto que has recordado la fórmula, prefiero grabarla ahora. Luego, reparadas las averías, repetiré la grabación. Anda, empieza.

Janya tomó el micrófono. Cerró los ojos como para concentrarse y estuvo así unos momentos.

Ndart se impacientó.

—Vamos, ¿a qué esperas?

Ella dudaba. Ndart frunció el ceño.

De pronto, Janya abrió los ojos.

—Lo siento —dijo—. No recuerdo la fórmula en absoluto.

Ndart pegó un salto.

—Pero, diablos, antes dijiste…

—Sí, lo sé, lo dije, Frol; pero ahora no tengo la menor idea de cómo empezar a recitar la fórmula.

El joven estaba completamente desconcertado.

—Es inconcebible —dijo—. Janya, ¿estás segura de que habías recordado la fórmula?

—Absolutamente, Frol —respondió ella, con acento enfático.

—Pues no lo comprendo, Janya, no lo comprendo. En la ciudad recordabas la fórmula y aquí…

Janya se levantó de un salto.

—Frol, está claro —dijo, con ojos muy brillantes.

—¿Qué es lo que está claro? —gruñó él.

—Resulta lógico que aquí no recuerde la fórmula. Tú ya sabes que la orden de liberación de mi infrasubconsciente ha de llegar en el momento en que yo cruce determinada línea espacial.

—Sí, eso es cierto, Janya…, pero aquí no estamos en el espacio.

Ella sonreía extrañamente.

—Me parece que alguien lo definió de modo incorrecto —dijo—. O lo hizo por rutina. Atravesar una línea espacial… Lo más seguro es que quisiera decir un plano espacial.

—Es lo más probable —admitió Ndart—. Resulta imposible atravesar una línea espacial, al menos, según la ley de probabilidades matemáticas. Pero un plano ya es otra cosa. Sin embargo, insisto, aquí no estamos en el espacio…

—Frol, recapacita. Nadie deja nunca de estar en el espacio, bien sea fuera de un planeta, en su superficie o bajo la superficie. Siempre se ocupa un espacio, ¿comprendes?

Ndart abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Claro! Tienes razón, Janya. El plano espacial a través del cual debes pasar, para que quede liberada la inhibición de tu infrasubconsciente, se prolonga indefinidamente en todas direcciones.

—Así es —corroboró ella—. Y lo mismo me habría sucedido a diez millones de kilómetros, arriba o abajo, a derecha o izquierda, del punto aquel próximo a la piscina, donde recibí la orden de dictar la fórmula.

—Lo cual significa que tenemos que regresar a la ciudad cargados con la grabadora —sonrió Ndart—. Mira, Janya, lo mejor que podemos hacer es llevarnos comida y equipo para acampar. La fórmula tiene que ser a la fuerza muy larga; el A.T.I. no es precisamente un carrito de ruedas.

Janya sonrió.

—Desde luego. Es algo infinitamente más complicado, y tiene que serlo, puesto que servirá para la traslación instantánea de las personas.

—Muy bien —dijo Ndart—. Entonces, vamos a prepararlo todo para la excursión.

—Pongan comida para tres personas más —sonó de pronto una voz de tintes irónicos—. Así podremos aguantar mientras ella repite la fórmula.

Ndart y Janya se volvieron hacia la puerta, llenos de asombro. Su

estupefacción subió de punto al reconocer al hombre que les apuntaba con una pistola térmica.

—Duke —exclamó Ndart—. Sturmond Duke.

—Yo mismo —corroboró el aludido.

* * *

—A veces, uno comete errores, como no conectar la alarma de detección por proximidad de naves extrañas —se lamentó Frol Ndart.

—Error que yo aprecio en lo que vale —dijo Duke.

Detrás del director de la escuela de asesinos aparecieron dos sujetos. Estaba claro que se trataba de dos esbirros de Duke.

—Ahora nos asesinará —adivinó Ndart.

—Sólo a usted. Ella, como puede comprender, nos es muy valiosa.

Janya dio un paso hacia adelante.

—¿Qué es lo que pretende? —inquirió.

—Hemos oído todo lo que hablaban —respondió Duke—. Iremos a la ciudad muerta y usted cruzará la línea divisoria. Entonces nos recitará la fórmula.

—La recordaré al cruzar aquel punto, en efecto —admitió Janya—. Pero ello no significa que esté obligada a dictarla a quien yo no quiera.

—Ciertamente —convino Duke, sin pestañear—. Sin embargo, no olvide que tenemos medios para obligarla a hablar.

—¿Drogas?

Duke sonrió perversamente.

—¿Ya no se acuerda de Elvira Sbarni?

Janya se puso pálida. Ndart crispó las manos.

—No comprendo cómo está vivo, Duke —dijo.

El asesino le dirigió una mirada de desprecio.

—Usted es un buen agente del S.E.I., pero tiene que aprender mucho de mí —contestó—. Me di cuenta de que estaba ganándome por fuerza física y simulé mi muerte.

—Su cuello chasqueó.

—Entrenamiento —sonrió Duke—. Si se sabe producir el ruido de unas vértebras al romperse, voltear los ojos y torcer la boca, es cosa sencilla. —Se acarició el cuello—. Pero me hizo daño —dijo torvamente.

—Otra vez procuraré cerciorarme de que el ruido es auténtico —

contestó Ndart.

La pistola de Duke se elevó lentamente.

—No habrá próxima vez —aseguró.

De súbito, Janya dio un salto y se colocó delante del joven.

—Un momento —pidió.

Sus ojos centelleaban. Duke la contempló con interés.

—Hable —invitó—. Pero dese prisa.

Janya cruzó las manos bajo los senos.

—Si lo mata, no hablaré —dijo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Duke sonrió.

—Situación clásica —manifestó—. La bella enamorada, capaz de darlo todo por el hombre amado.

—Sí —confirmó ella, sin titubear.

La pistola bajó de nuevo.

—De acuerdo —dijo Duke—. Respetaré su vida, pero usted me entregará la fórmula.

—Muy bien —aceptó Janya.

Duke hizo un gesto.

—Lard, la grabadora —ordenó—. Sallan, prepara el coche.

Uno de los esbirros cargó con la grabadora. El otro saltó fuera de la nave, donde había un coche todo terreno, con ruedas balón, propulsado por energía eléctrica.

—Salgan —indicó Duke.

Hubo un momento de silencio. Luego, Ndart tomó el brazo de la joven y la empujó suavemente hacia la puerta.

—No me fío —murmuró en voz baja—. Una vez consigan lo que quieren, nos matarán.

Janya se estremeció levemente, pero no dijo nada. Descendieron al suelo, donde ya estaba Duke, apuntándoles con el arma.

Lard bajó a continuación, con la grabadora pendiente de la mano derecha. Incautamente, pasó junto a Ndart, quien no desaprovechó la ocasión.

Su pie derecho golpeó el aparato, que salió despedido, yendo a golpear el pecho de Duke, quien cayó con los pies por alto.

—La pistola, Janya —gritó Ndart.

Sallan se revolvió contra el joven. Ndart le propinó un tremendo derechazo que lo lanzó a varios metros de distancia.

Janya se precipitó hacia la pistola. Bramando de cólera, Duke le

golpeó con la mano en un muslo y la joven cayó al suelo, con la sensación de haberse quedado repentinamente sin la pierna.

Ndart se arrojó sobre el asesino antes de que recuperase el arma. Agarró su cuello y apretó con fuerza.

Súbitamente, algo duro se apoyó en su sien.

—Déjelo o le quemo los sesos —intimó Lard.

* * *

Duke se frotó la dolorida garganta.

—Soy un hombre al cual le gusta cumplir su palabra —dijo—. De lo contrario, ya estaría muerto, Ndart.

—Veremos lo que pasa cuando ella le haya entregado la fórmula —contestó el joven.

Sallan se levantaba en aquellos momentos, sin saber todavía muy bien lo que le había pasado.

—¡Estúpido! —le apostrofó Duke—. Recoge esa grabadora.

El esbirro obedeció torpemente. Duke empujó a sus prisioneros hacia el vehículo.

—Vamos, suban.

El coche tenía tres hileras de asientos. Janya se sentó junto al conductor. Duke y Sallan lo hicieron en el último asiento. Ndart iba en el centro.

Lard arrancó. El terreno era bastante irregular y era preciso sortear los obstáculos de la vegetación. No obstante, dadas las características del vehículo, el avance resultó relativamente rápido.

Minutos más tarde, alcanzaban la ciudad.

—Janya, guíe usted al conductor —ordenó Duke—. Cuidado con los engaños; no pienso tolerarlos de ningún modo.

Ella asintió. Hizo una breve indicación y Lard condujo el coche en el sentido deseado.

—Duke —dijo Ndart, de pronto.

—¿Qué quiere? —preguntó el asesino, de mal talante.

—Resulta obvio que usted no trabaja para sí. ¿Quién le paga?

—¿Piensa que se lo voy a decir?

—Hombre, era simple curiosidad.

Duke emitió un bufido. Ndart continuó:

—¿Fueron ustedes quienes nos lanzaron un torpedo?

—Sí.

—Eso demuestra muy poco seso. ¿No se dio cuenta de que podía destruirnos, matarnos?

—¿Tan tonto me cree? —respondió Duke, despectivamente—. Era un torpedo de poca potencia, la suficiente para paralizar su nave. Creo que lo conseguí, ¿no?

—Según se mire, Duke.

—Lo conseguí. Pero ustedes escaparon…

Ndart se dio cuenta de que Duke no conocía su aventura con los vudnorianos.

—Usé la batería de emergencia —explicó.

—Sólo consiguió perder el tiempo —resopló el asesino.

Momentos después, tenían la piscina a la vista.

—Siga diez metros más —indicó Janya.

Lard obedeció y paró el vehículo en el punto indicado. Janya añadió:

—Ya estoy lista. Pueden preparar la grabadora.

Sallan levantó la tapa del aparato. De súbito, lanzó una gruesa interjección.

—¿Qué te pasa? —gritó Duke, colérico.

—La grabadora no funciona. Se averió con los golpes…

Duke prorrumpió en una inacabable serie de epítetos. Al fin, cuando ya estaba a punto de perder el aliento, dijo:

—Tendrás que volver a nuestra nave. Allí hay una grabadora. Nosotros te aguardaremos aquí.

—Sí, jefe.

Sallan se levantó. Súbitamente, el pie derecho de Janya pisó con fuerza el acelerador.

El coche arrancó de golpe. Todos sus ocupantes fueron lanzados hacia atrás en los asientos, salvo la muchacha, que había tenido la precaución de agarrarse a una barra.

Se oyeron gritos de alarma.

—¡Que vamos a la piscina!

—¡Frena, frena, estúpido! —aullaba Duke.

Ndart se deslizó a un lado y saltó del coche, justo cuando el vehículo se precipitaba a las aguas con gran estrépito. Lard pudo saltar también y rodó varias veces por el suelo.

El coche se hundió en la piscina. Ágil, además de prevenida, Janya pudo volver a la superficie inmediatamente y nadó hacia la orilla.

Mientras, Ndart se había incorporado y corría hacia el esbirro. Lard le vio venir y echó mano a la pistola térmica que llevaba en la funda, pero el pie del joven fue más rápido.

La pistola pasó a su poder. Chorreando agua, Janya salía en aquel momento de la piscina.

Duke y Sallan nadaban atropelladamente. Ndart se situó junto al borde y disparó una vez la pistola.

El agua hirvió y humeó instantáneamente. Los dos asesinos aullaron de dolor.

—¿Quiere cocernos vivos? —gritó Sallan, aterrado.

—¡Pare, pare! —gimió Duke.

Durante un segundo, Ndart sintió la tentación de vengar la muerte de Elvira Sbarni. Pero se contuvo en seguida.

—¡Salgan! —ordenó conminatoriamente.

CAPÍTULO XIII

Duke y su acólito salieron empapados de agua, abatidos y humillados por la inesperada derrota. Duke conservaba todavía su pistola, y, tras arrebatársela, la arrojó a la piscina. Sallan la había perdido antes.

Lard empezó a despertarse. Con el pelo brillante por el agua, Janya se acercó al joven.

—Creo que las cosas han cambiado —dijo.

Ndart rodeó su cintura posesivamente con el brazo libre.

—Reaccionaste muy bien —elogió.

—Sabía que tú también harías algo. No me he engañado.

—Desde luego. Y ahora, vamos a ver qué hacemos con estos pajarracos.

—Primero debemos preguntarles por orden de quién actúan —propuso Janya.

—Muy bien —aprobó Ndart—. ¿Y después?

—Podríamos dejarlos aquí abandonados a su suerte.

—¡Eso, no! —protestó Lard vivamente—. Cualquier cosa, menos quedarnos aquí.

Ndart le dirigió una mirada penetrante.

—Vuestra suerte está en nuestras manos —dijo.

—Ya me lo imagino —reconoció el sujeto, claramente desanimado—. Pero, vamos, también se puede llegar a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Bueno, yo sé algunas cosas…

Lard no pudo seguir hablando. Algo le interrumpió.

Duke estaba a su lado. De pronto, movió el puño derecho con indescriptible violencia.

Se oyó un espantoso crujido. Lard puso los ojos en blanco y se

desplomó de bruces a los pies de la pareja.

Janya lanzó un grito de horror. Ndart comprendió que el entrenamiento a que sometía Duke a sus alumnos no era ninguna tontería. Como profesor de tan repugnante oficio, lo conocía a fondo. El hundimiento de la bóveda craneal de Lard era claramente visible.

Ndart alzó la pistola.

—Duke, voy a matarle —dijo.

El asesino se lamió los labios.

—Usted no mata a sangre fría —contestó, desafiante.

Ndart vaciló un instante. De pronto, saltó hacia él y le golpeó en la cabeza con el cañón de la pistola.

Duke se desplomó aullando. Sallan extendió las manos, suplicando piedad.

—No me pegue —pidió, completamente acobardado—. No sé mucho, pero se lo diré…

Un horrible silbido desgarró el aire en aquel momento. Asombrado, Ndart levantó los ojos y vio descender a toda velocidad una brillante luz blanca.

Un oscuro sentimiento de peligro invadió su mente.

—¡Al suelo, Janya! —gritó.

La joven obedeció en el acto. El globo blanco llegó al suelo y estalló con fragor de infierno a unos cincuenta metros de distancia.

Una casa de granito saltó por los aires en mil pedazos. Lleno de pasmo, Frol miró hacia arriba y vio una nave suspendida en el aire, a unos quinientos metros de distancia.

Su primera reacción fue usar la pistola térmica, pero su alcance era pequeño. Debía buscar, pues, otra solución para aquel peligro.

—Janya, tenemos que escapar de aquí —indicó.

Ella se levantó inmediatamente. Ndart la agarró de una mano y ambos echaron a correr a la vez.

De nuevo se oyó aquel terrorífico silbido. Los dos jóvenes se zambulleron detrás de unos elevados arbustos, justo en el momento en que se producía la explosión.

Esta vez, el proyectil estalló en la piscina. Una enorme columna de agua subió a lo alto.

—Sigamos —dijo Ndart.

Ganaron cincuenta metros más. Otro proyectil descendió de las alturas.

Sallan no tuvo suerte. La explosión le alcanzó de lleno. Duke, aturdido, se levantaba en aquel momento y un pesado fragmento de granito le golpeó en el pecho, hundiéndole las costillas. Cayó atrás, se sumergió en las agitadas aguas del estanque y ya no volvió a reaparecer.

Todavía fueron disparados cuatro o cinco proyectiles más. La espesura, sin embargo, protegía a la pareja.

—Me gustaría saber qué clase de bombas son las que usa ese tipo —masculló Ndart, cuando vio que el misterioso aparato remontaba el vuelo.

—Granadas de energía termo lumínica —explicó Janya.

Ndart la miró asombrado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Se usan en Grovnor —contestó ella—. La energía termo lumínica está encapsulada en una cáscara de la misma materia, pero de signo negativo. Se disparan por medio de un propulsor, que se destruye automáticamente a pocos metros del cañón. La explosión se produce al chocar con el menor obstáculo de mayor densidad que la atmósfera.

—Agua o tierra.

—Así es, Frol. Pero me gustaría saber quién es el que nos ha ayudado tan oportunamente.

Ndart se echó a reír. Ella se picó.

—¿De qué te ríes? Ese hombre nos ha ayudado…

—Eres demasiado ingenua. El tipo, quienquiera que sea, sólo trataba de eliminarnos.

—A nosotros, no, desde luego. O, por lo menos, a mí.

Ndart se quedó muy pensativo.

—Tienes razón —convino al cabo—. Tú eres una presa demasiado valiosa para hacerte el menor daño.

—Recuerda; si lo hubiese deseado, ya nos habría matado desde el primer momento. Sólo quiso hacernos una especie de advertencia para que nos alejáramos de allí. Luego mató a los otros dos.

—Para que no hablaran.

—Efectivamente.

—En lo que se refiere a Duke, sólo lamento que no haya tardado unos minutos más —dijo Ndart, frotándose la mandíbula—. Pero ahora lo tenemos por ahí, merodeando muy cerca de nosotros.

—Y nos buscará.

—Tiene detectores a bordo. Puede localizamos en cualquier momento.

Ndart levantó la vista. El cielo estaba limpio.

—Nos buscará y nos encontrará, pero nosotros también le encontraremos a él —dijo, sombríamente.

* * *

Cuando llegaban a las inmediaciones del campamento, oyeron una tremenda explosión. Momentos después vieron elevarse un hongo de humo negro por encima de las copas de los árboles.

—¡Mi nave! —dijo Janya, aterrada.

—No. Es la de Duke —aseguró Ndart.

—¿La de Duke? —repitió ella, con acento de asombro.

—Así tiene que haber sido. Hay grabaciones que no convenía que nosotros examinásemos. Grabaciones de la ruta, de las órbitas, tal vez de mensajes intercambiados… Podía resultar comprometedor, ¿entiendes?

—Sí, pero, ¿para quién, Frol?

Ndart se asomó al claro y vio los restos de una nave todavía humeante. Su bote salvavidas y la astronave de Janya estaban al otro lado, intactos todavía.

Janya quiso salir de los árboles, pero Frol la agarró por un brazo.

—Quieta —dijo a media voz.

—¿Ves algo? —preguntó ella, en el mismo tono.

—No, pero no quiero que nos vean. Esperemos aquí.

Dejaron pasar un buen rato.

—La situación no varía, Frol —dijo ella, empezando a sentir cansancio.

—Nuestro enemigo es un tipo de mucha paciencia. Si nosotros nos impacientamos o perdemos el control de los nervios, lo pasaremos mal.

—A mí no me hará nada…

—Antes, no, desde luego. Pero una vez conozca la fórmula, no te fíes demasiado.

Janya se mordió los labios. Ndart tenía razón.

Anocheció. Poco después llegó la oscuridad.

—Janya —susurró Frol—, voy a ir a la nave a por comida y agua. No te muevas de aquí pase lo que pase.

—Yo iré contigo…

Ndart rechazó la propuesta de plano.

—Quédate aquí. No me gustaría que te sucediese algo —dijo.

—Pero a ti sí te puede pasar…

—Tendré cuidado. No te muevas ni hagas nada. Será cuestión de un cuarto de hora.

—Está bien.

Janya se quedó sola. La figura del joven se perdió casi en seguida entre las tinieblas.

Pasaron algunos minutos. Había ruidos, los sonidos naturales de una selva. Janya tenía los nervios en tensión, a flor de piel.

Algo chasqueó súbitamente a sus espaldas. Llena de terror, giró sobre sus talones y se encontró frente a una alta silueta, cuyo rostro no pudo distinguir a causa de la oscuridad.

Janya quiso gritar, pero una mano le tapó la boca. Al mismo tiempo, sintió que le arrojaban a la cara un vapor de olor fuerte. Todo giró vertiginosamente a su alrededor y, en menos de un minuto, perdió el sentido.

* * *

La inconsciencia, sin embargo, no fue de larga duración. Janya despertó justo a tiempo de verse en brazos del desconocido y al pie de una astronave.

Quiso moverse, pero no pudo. Carecía de fuerzas y dedujo que la droga tenía efectos secundarios sobre el sistema nervioso y muscular.

Momentos después, estaba sentada en un cómodo sillón. Todavía no había podido ver la cara a su secuestrador.

De nuevo intentó moverse. El individuo, vuelto de espaldas a ella, lo advirtió y dijo:

—Es inútil. Su cuerpo está paralizado, aunque la mente desarrolle una actividad normal.

—Me parece que conozco esa voz —observó Janya.

—Es probable —admitió el individuo, sin alterarse.

Janya se dio cuenta de que aquel hombre había usado una especie de capucha, que ahora había levantado por delante. Sin embargo, al tenerlo de espaldas, continuaba resultándole desconocido, pese a haber escuchado su voz anteriormente.

Pero no lograba relacionar la voz con ninguna persona conocida.

Desistió de hacer esfuerzos mentales. Se fatigaba.

—¿Qué es lo que va a hacer conmigo? —preguntó.

—¿Es que no se lo imagina? —contestó el desconocido.

—Quiere la fórmula del A.T.I.

—Justamente.

—¿Para qué?

—Use el cerebro, mujer —respondió el otro irónicamente.

—Quiere monopolizar el invento.

—Sí.

—Pero eso no es posible —arguyó Janya.

—¿Por qué? Una vez me revele usted la fórmula, podré construir cuantos A.T.I. desee.

—Yo me refería al monopolio. Usted dice que quiere construir los A.T.I. por su cuenta y, me imagino, para su beneficio.

—Así es —confirmó el secuestrador.

—Bien, construido el primer A.T.I., cualquiera podrá copiarlo…

—Eso no será posible, porque nadie sino yo los construirá. Instalaré en el aparato un mecanismo de auto-destrucción, por si quieren verle las «tripas» sin permiso. También llevará una caja de control, enlazada constantemente a una computadora central. Todos los movimientos de los A.T.I. quedarán registrados, y si algún poseedor de uno de esos aparatos trata de emplearlo de manera poco conveniente para mí, la computadora dará la orden de destrucción automática e instantánea.

A pesar de lo que le sucedía, Janya no pudo por menos de contemplar con admiración a su raptor.

—Lo ha planeado todo —dijo.

—Naturalmente, en esta clase de asuntos no se puede ir a ciegas. Es preciso saber desde el principio lo que se va a hacer.

—Usted no parece que lo haya sabido muy bien —alegó ella.

—¿Por qué lo dice?

—Demasiados fracasos de sus secuaces…

—Lo admito. Pero yo no pude traerme a unos cuantos de mis amigos; por eso hube de emplear los servicios de Duke.

—Sus amigos le habrían delatado.

—Hubiera resultado sospechoso. Allí no sucederá tal cosa.

—¿Dónde es allí?

Se oyó una risita.

—Pregunta usted demasiado —contestó el secuestrador—. Bien,

ahora haré despegar la nave y cruzaremos la divisoria. Entonces, usted recordará la fórmula.

—Pero no se la diré.

—Sí, me la dirá.

—¿Está seguro?

La voz del secuestrador sonó de repente extrañamente metálica:

—Diga: «Detesto a Ndart».

—Detesto a Ndart —repitió Janya, con gran asombro por su parte.

El hombre se echó a reír.

—¿Se ha dado cuenta? —exclamó.

—No entiendo. ¿Por qué he de decir yo que detesto a Ndart, si no es así?

—Querida, la droga que le administré tiene propiedades muy curiosas. Primero hace perder el sentido. Estos efectos pasan en pocos minutos, aunque los sistemas nervioso y muscular quedan afectados por la inmovilidad. Además, el paciente puede razonar y coordinar mentalmente sin obstáculos, pero cuando recibe órdenes, las cumple.

—Imposible —dijo Janya, que no acababa de creer lo que estaba oyendo

—Levántese —ordenó el desconocido.

Janya se puso en pie. Sonó una risa burlona.

—¿Quiere más pruebas? ¡Siéntese!

La joven, incapaz de resistirse, volvió al sillón.

Estaba aterrada. El desconocido decía la verdad.

Podía razonar y argumentar correctamente, pero cuando el otro le mandaba hacer algo, una extraña y misteriosa fuerza la compelía a obedecer, sin que sus-esfuerzos para resistirse dieran el menor resultado.

—Muy bien —dijo el hombre—. Todo está listo ya. Ahora despegaré y cruzaremos la divisoria. Entonces, repito, usted dictará la fórmula a la grabadora que ya tengo preparada. Y no podrá deslizar ningún error en el dictado, porque la droga le hará recitar la fórmula con absoluta fidelidad.

Janya se sentía anonadada. Ya no podía dudar de cuanto había oído.

—¿Y después? —preguntó, con voz temblorosa.

—Se quedará aquí. Este es un planeta deshabitado.

—¿Sola?

—Claro —rio el otro—. Ndart trata de tenderme una trampa, pero

yo no voy a ser tan ingenuo que caiga en ella. Vendrá a rescatarla, dándose cuenta de que yo no acudo a su encuentro, y entonces lo mataré.

Janya hizo un esfuerzo para levantarse. Imposible, carecía en absoluto de fuerzas.

El secuestrador movió una palanca. Una maldición brotó de sus labios.

—Pero, ¿qué diablos pasa aquí? —exclamó—. La nave no puede despegar…

Volvió a manipular en el cuadro de mandos. La astronave continuó inmóvil.

—Eso es cosa de Ndart —masculló, cuando se convenció de que los mandos no le obedecían—. Está bien, vamos a vernos las caras de una vez… ¡y será la última! —concluyó, con voz preñada de amenazas, mientras se dirigía hacia la escotilla.

CAPÍTULO XIV

Janya quedó sola en la nave, cuyo interior estaba sumido en una penumbra que apenas si permitía ver los contornos de las cosas. Sentíase llena de aflicción al pensar en la suerte que le aguardaba a Frol.

El desconocido no tendría piedad de él. Después de todo lo ocurrido, ¿qué podía importarle una vida humana más?

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Janya vio aparecer una silueta en la puerta.

Sus ojos contemplaron agónicamente al recién llegado.

—¿Ya lo ha matado? —preguntó.

—Calla.

Janya obedeció. El recién llegado se acercó al sillón.

—Hola, Ndart —sonó una voz—. Veo que me estaba aguardando.

—Así es —contestó el joven—. ¿Por qué no entra?

—Le veo muy tranquilo, Ndart.

—No voy a echarme a llorar. ¿Quiere una copa? Sírvasela usted mismo, por favor.

—Ndart, no he venido aquí para una reunión social. Vengo a matarle.

Se oyó una risita burlona.

—¡Huy, qué miedo! ¡Se me van a poner los pelos de punta!

—Esto no es cosa de broma, Ndart…

—Evidentemente, no.

—Escuche, usted ha hecho algo que impide despegar a mi nave.

—Así es. Ondas interferidoras. Los agentes del S.E.I. vamos muy preparados con toda clase de trucos.

—¿Eso significa que localizó mi nave?

—No es tan difícil, me imagino.

—Bien, ahora me dirá dónde está ese aparato…

—¿De veras?

—O le quitaré una pierna con una descarga térmica en lugar de matarlo instantáneamente.

—Sigue usted dándome miedo. El interferidor está ahí, junto al tablero de mandos; esa caja negra con tres palancas de otros tantos colores: amarillo, rojo y azul. Empiece por el amarillo y termine por el azul. La acción de interferencia cesará en el acto.

El hombre se acercó al tablero de mandos. Alargó la mano, pero no llegó a tocar las palancas.

—¡No! —gritó de pronto—. Es una trampa.

—¿Tiene miedo? —se burló Ndart.

—Levántese. Levántese o le abraso.

—Entonces, usted permanecerá aquí eternamente. Tanto esta nave como el bote auxiliar tienen montadas sendas trampas, de cuyo desarme es usted incapaz, porque, naturalmente, desconoce los métodos del S.E.I. Y como la suya no puede despegar…

Un rugido de rabia se escapó de labios del sujeto.

De pronto, se dio cuenta de un detalle.

—Las baterías se agotarán —dijo.

—Quizá, pero pasarán años. El consumo de los mecanismos es insignificante.

—Con el tiempo, desarmaré las trampas.

—Pero no el mecanismo de interferencia.

—Tiene que ser el más sencillo de todos.

—Tal vez, pero no se puede desconectar sin pronunciar una palabra clave.

—¿Qué? —rugió el desconocido.

—Ya lo ha oído. Ese mecanismo está conectado a una computadora que sólo arranca o se desconecta mediante sendas palabras clave, distintas en cada caso, naturalmente. Temo, amigo mío, que ha infravalorado usted la inteligencia de los hombres del S.E.I.

Hubo un momento de silencio.

—Muy bien —dijo, al cabo, el sujeto—. Pero todavía me queda un recurso.

—¿Cuál, por favor?

—Matar a Janya.

—Será para usted la gallina de los huevos de oro.

—Si no habla usted, la mataré —rugió el otro, lívido de ira.

—Está cogido en la trampa —rio Ndart—. No puede tomar la menor iniciativa. Si me mata a mí, su nave permanecerá aquí anclada durante años y años. ¿Cree que su Gobierno se quedará inactivo? En la Tierra tampoco se cruzarán de brazos…, y su plan para conseguir el monopolio del A.T.I. se habrá ido al diablo, Arrhus.

Se oyó un rugido de rabia.

—¿Quién le ha dicho mi nombre? Tengo la cara tapada…

—Los agentes del S.E.I. somos entrenados muy bien en la memoria auditiva. Le reconocí en cuanto habló…, pero también soy un tonto, porque hubo alguien que pronunció las primeras sílabas de su apellido y, sin embargo, no supe entonces identificarlo.

—¿Quién fue? —preguntó Arrhus.

—Rhea Thuvius. En el momento de morir dijo algo, pero yo lo tomé como un ronquido, propio de los estertores de la agonía. Sin embargo, ella quería decir Arrhus, aunque no tuvo tiempo de completar la palabra.

—Muy bien, Ndart. Esto se ha acabado ya. Puede que tenga que estar aquí muchos años… y puede que no, pero usted morirá ahora mismo.

El arma se disparó. Sonó una risita de burla.

Los ojos de Arrhus se desorbitaron. Ndart continuaba sentado en el sillón, riendo con expresión irónica.

—¡Maldición! —juró Arrhus—. Está protegido contra descargas térmicas…, pero tengo otra cosa que no fallará.

Metió la mano en el bolsillo y dijo:

—Esto es una bomba de mano direccional. La onda explosiva se dirigirá solamente hacia usted.

—O hacia la proyección de mi imagen, Arrhus.

—¿Qué? —gritó el otro. Sus dedos habían soltado ya la bomba de mano, pero la inesperada noticia le hizo mover torpemente el brazo.

La bomba volteó inadecuadamente. Cayó al suelo y explotó con tremenda potencia.

Un chorro de viento bramador golpeó a Arrhus en el pecho y el vientre, le arrancó las ropas y lo expulsó fuera de la nave, a través de la escotilla. Mientras volaba por los aires, en la última fracción de segundo de su existencia, comprendió, aunque ya era demasiado tarde, la trampa en que había caído.

Pero ya no podía sentir rabia o cólera. Ya no sentía nada.

* * *

Janya contempló admirada a Ndart. Delante de ella, el joven sonreía.

—Arrhus ha muerto —dijo, todavía con el aparato de control en las manos.

—Le hiciste creer que estabas allí… y estás aquí —dijo Janya, admirada.

—Sí. Mi intención era hacerle venir a jugar en mi terreno. Es la regla de oro de toda estrategia: elegir el campo de batalla y obligar al adversario a combatir donde uno lo desea.

—Comprendo. Pero, ¿qué imagen veía Arrhus?

—Una simple proyección psicográfica.

—¿Cómo? ¿Usabas la mente…?

—No era mi mente, sino la suya. A la entrada de la nave dispuse el proyector. El esperaba encontrarme allí. Las ondas del proyector se ajustaron automáticamente a las de su cerebro. Mis palabras, a través de la radio, hicieron el resto.

—Aun así, no lo comprendo, Frol.

—Arrhus acudió bajo la influencia de que yo le preparaba una trampa y que, por tanto, le esperaría tranquilamente. Si yo le hubiese amenazado desde un principio —«Quieto, no te muevas o disparo», o algo por el estilo—, él me habría visto agazapado tras algún parapeto y con un arma en malas manos.

—Ahora sí lo entiendo —sonrió Janya—. Pero queda un problema por resolver.

—Quedan varios, pero oiré el tuyo en primer lugar.

—Frol, no puedo moverme. La droga de Arrhus…

Ndart se echó a reír.

—¿Por qué no pruebas a levantarte? —invitó.

Janya lo intentó. Se puso en pie.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó.

—La mente de Arrhus ya no actúa sobre ti.

—Comprendo. Su mente completaba los efectos de la droga.

—Así era. Y para que se te pasen por completo…

Ndart sacó un frasquito plano y se lo tendió a la joven.

—Un traguito de buen coñac te pondrá como nueva —añadió, con

acento de buen humor.

El alcohol devolvió los colores a las mejillas de Janya.

—Una buena medicina —aprobó.

—En dosis moderadas, estupenda —calificó él.

—Frol, antes dijiste que quedaban varios problemas por resolver. ¿Cuáles son, por favor?

—¿Tienes mucha prisa? No son urgentes, en mi opinión.

—Bueno, se puede decir que tú eres el director de la operación…

El brazo derecho de Ndart pasó por los hombros de la muchacha.

—Este es un sitio maravilloso para unas vacaciones —dijo—. Podemos permitirnos el lujo de irnos días de descanso. O semanas, ¿qué más da? ¿Tú qué dices, hermosa?

Ella le miró arrobada.

—Ya lo has dicho tú por mí —contestó significativamente. De pronto, exclamó—: Oye, ¿sabes que podría empezar a recitarte la fórmula ahora mismo, sin necesidad de traspasar la divisoria?

—Me lo figuraba —dijo él.

—¿Cómo?

—Sí, querida. El sobre.

Janya arrugó el entrecejo.

—Te aseguro que no entiendo nada, Frol —dijo.

—Las instrucciones del sobre decían que, si fallaba tu memoria o el acondicionamiento mental al traspasar la divisoria, yo debía procurar enamorarte. Un segundo acondicionamiento en tu infrasubconsciente habría inculcado en tu mente la liberación automática de toda inhibición delante del hombre a quien llegaras a amar. Claro está, no podía decírtelo entonces.

Ella se quedó muy pensativa.

—¡Mira que si llego a enamorarme de Arrhus! —se estremeció, pasados unos segundos.

—Arrhus era un tipo codicioso —sentenció él—. Yo no te habría cambiado a ti por todos los tesoros del mundo.

Y para probar que lo que decía era verdad, se inclinó a besarla.

* * *

La astronave tomó tierra. Sus tres ocupantes saltaron al suelo inmediatamente.

Iban armados y actuaban cautelosamente. Sin embargo, no pudieron por menos de sorprenderse al ver un gran cartel que decía:

¡BIENVENIDOS A JANYALAND!
Jefe de Estado Planetario:
Frol I, rey.

—Vaya —resopló Wirl-77—. ¿Quién lo iba a decir?

—¿Puede hacerlo, señor? —consultó Tonn-40.

Wirl-77 se encogió de hombros.

—A nosotros qué diablos nos importa. Lo que nos interesa es…

—Yo sé lo que les interesa a ustedes, amigos —dijo Ndart, apareciendo de pronto.

Los tres hombres se volvieron hacia él. Ndart se les acercó, llevando a Janya de la mano.

—Bajen las armas, caballeros —añadió Ndart—. Aquí hubo una pequeña guerra, pero quiero que haya paz en lo sucesivo.

Un objeto plano y de forma rectangular voló por los aires. Wirl-77 lo atrapó instintivamente.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Sencillamente, lo que venían a buscar —contestó Frol, sonriendo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Wirl-77, lentamente, dijo:

—¿Me regala gratuitamente la grabación?

—Sin pedirle nada a cambio, salvo una cosa, Pretton.

—Dígame, Frol.

—Haga con otros lo mismo que hago yo con usted.

Wirl-77 comprendió y movió la cabeza afirmativamente.

—Se lo prometo —contestó—. Es una forma estupenda de conservar la paz.

—Por eso lo hago —sonrió Ndart.

—Con mi completa aquiescencia —añadió Janya.

Wirl-77 sonrió.

—Sospecho que los dos se encuentran muy bien a solas en Janyaland —dijo—. Bien, no queremos seguir turbando su soledad, pero sí diré a ambos que en Vudnor tendrán siempre un amigo incondicional.

—Eso es precisamente lo que queremos, Pretton —contestó Ndart.

Momentos después, la nave desaparecía en el espacio.

—¿Seguiremos aquí durante mucho tiempo, Frol? —preguntó Janya.

—Hay que dejar pasar algunos días. Estoy aguardando a una persona y quiero recibirla, precisamente, en mi planeta —contestó él.

* * *

Una segunda astronave tomó tierra una semana más tarde. Ramón de Zaya fue el primero en desembarcar.

Los ojos de De Zaya fueron al cartel de bienvenida y luego a la bandera que ondeaba en lo alto de un poste próximo. La bandera era de color azul claro, con un círculo amarillo en el centro, sobre el cual había una letra: la F.

—Ese hombre se ha vuelto loco —masculló De Zaya—. Mira que proclamarse rey de este planeta.

Sus acompañantes permanecían silenciosos. De pronto vieron venir a una pareja.

—Hola, jefe —saludó Ndart momentos después—. ¿Qué tal el viaje?

—Estoy a punto de explotar —declaró De Zaya—. ¿Por qué no has comunicado con nosotros?

—¿Para qué, si sabía que usted iba a venir aquí? No teníamos ninguna prisa, ¿verdad, Janya?

—Sí, querido —confirmó la joven.

—Están locos, locos —dijo De Zaya, procurando contener la cólera que sentía—. Frol, hemos venido a por la fórmula.

—Ah, sí, ya la tengo. Y los de Vudnor también. Pronto se hará pública en muchos planetas, incluyendo la Tierra, por supuesto —contestó el joven tranquilamente.

De Zaya se congestionó.

—¿He oído bien? —gritó—. ¿Has divulgado una fórmula que debía permanecer secreta entre Grovnor y la Tierra?

—Así es, jefe —respondió Ndart, impasible.

—¡Te costará caro! ¡Haré que te encierren de por vida! —bramó el director del S.E.I., rojo como un tomate maduro—. Has traicionado a tu planeta…

—Ahí se equivoca usted, jefe. Yo no he traicionado a nadie. Mi planeta, ahora, es Janyaland.

Hubo un momento de silencio. De Zaya, incrédulo, miraba a Ndart con la boca abierta de par en par.

—Tiene usted que empezar a comprender las cosas, jefe —continuó el joven, impasible—. El A.T.I., en poder únicamente de la Tierra y de

Grovnor, podía ser fuente continua de discordias y aun de guerras interplanetarias, como ha estado a punto de suceder. Costó largos siglos en nuestro propio planeta unificar todas las naciones y aceptar un Gobierno mundial. Es preciso que en la galaxia suceda lo mismo, y la divulgación de la fórmula del A.T.I. será el primer paso para la constitución de un Gobierno a escala galáctica. El día en que esto se consiga queda aún lejano, pero llegará, no le quepa la menor duda, jefe —concluyó Ndart con voz profética.

Una pausa de profundo silencio siguió a sus palabras. Al cabo de unos momentos, De Zaya reaccionó:

—Todo eso no son más que chifladuras, Frol. Has incumplido tu deber y voy a ordenar que te arresten.

—Cuidado, jefe —advirtió Ndart con tono duro—. Lea el cartel. No se meta con un jefe de Estado planetario.

—Pero tú no puedes…

—Le convendría recordar la «Ley de Descubrimiento, Conquista y Colonización de Planetas Deshabitados», aprobada por todos los gobiernos civilizados. Según esa ley, Janyaland es mío y yo tengo derecho a proclamarme su jefe de Estado.

Uno de los acompañantes se acercó a De Zaya.

—Frol tiene razón, jefe —le dijo al oído—. Su posición es inatacable. Nos veríamos metidos en un buen lío si lo arrestásemos.

—¿Y hemos de permitir que otros…? —dijo De Zaya, sintiéndose derrotado.

—Obtuve más copias de la fórmula —dijo Ndart, entregándole una cinta grabada—. Todos podrán ahora disponer del A.T.I., sin más que construir el artefacto. No es un aparato destinado a ser construido y poseído por unos pocos, sino que pertenece a la Humanidad entera, cualquiera que sea el planeta en que se habite.

De nuevo volvió el silencio. De Zaya acabó por encogerse de hombros.

—Supongo que aquí acaba la historia —dijo.

—Supone bien, jefe —corroboró Ndart.

—¡Un momento! —La mano de De Zaya señaló a Janya—. Ella tiene un cargo oficial.

—He dimitido —sonrió la joven—. Mi nuevo cargo… —se abrazó a Ndart— es ahora mucho más atrayente.

De Zaya se había rendido por completo.

—¿Piensan continuar durante mucho tiempo en Janyaland? —

preguntó.

—No tenemos prisa en irnos, jefe —contestó Ndart.

—Ninguna prisa —corroboró Janya, con la sonrisa en los labios.

F I N

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Una ventana abierta al futuro gracias a la pluma de unos autores que constituyen para los aficionados a la

"CIENCIA-FICCION"

la mejor garantía de calidad



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain